REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

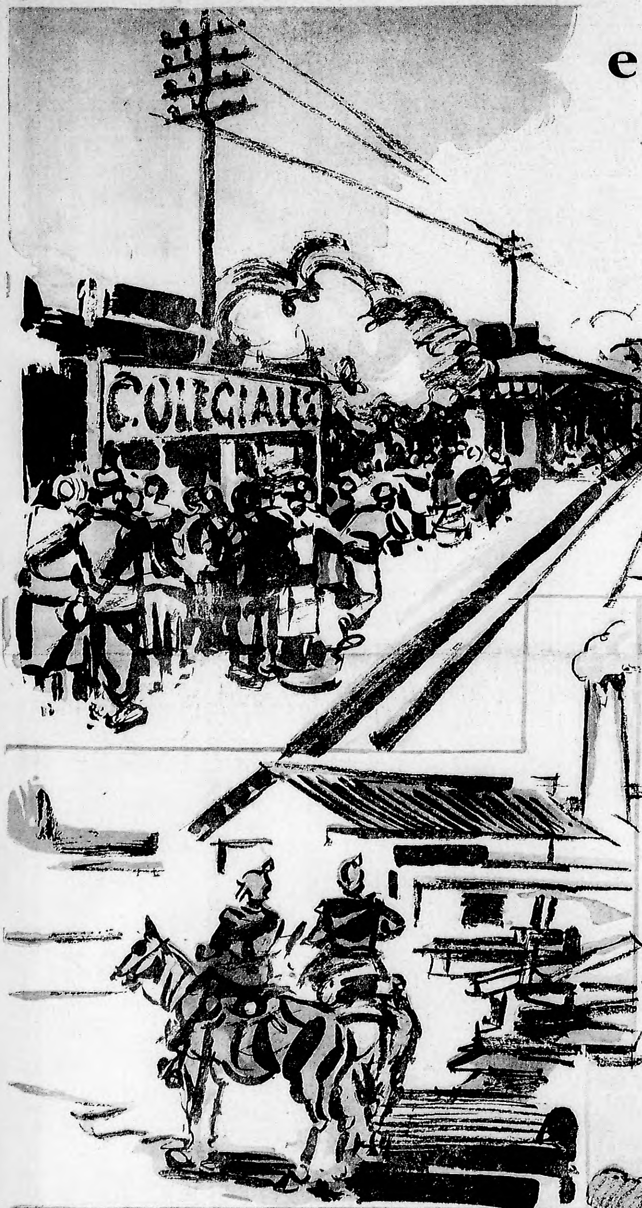
AÑO I — BUENOS AIRES, DICIEMBRE 16 de 1933 — No. 19

Peleas de Osos de Arpillera y Cine a 0.20 en Colegiales

POR

RAUL RIVERO OLAZABAL

Ilustraciones de Parpagnoli



EL nombre deja gusto a fruta en la boca. Trae el jugoso recuerdo de aquellas sandías alucinantes de los vascos, que en las tardes bochornosas del verano eran objeto de verdaderas expediciones militares por parte de los colegiales de la Chacarita. Esta denominación de Chacarita de los colegiales, desdoblándose en el tiempo, ha venido a designar dos barrios distintos y vecinos: al Oeste, alrededor del cementerio, uno de gentes familiarizadas con la muerte y de comerciantes que la explotan. Hacia aquí, hacia el Este, el barrio a que me quiero referir. La calle Federico Lacroze, que nace en la orilla del río, y como cualquiera de nosotros, termina en la Chacarita, se llamaba antes Colegiales, según se recordará. Cambiado este nombre por el actual, sólo la estación del Central Argentino perpetúa aquella denominación. El mismo origen debió de tener, yo creo, el nombre de la calle Del Colegio, al presente, también desaparecido. Pero, como digo, la estación del ferrocarril ha fijado, con presunción de eternidad, el nombre de este pedazo de la ciudad, que hoy podría delimitarse con las calles Dorrego, Alvarez Thomas, Elcano, Pino y Luis María Campos. Dibujado el perímetro en un plano, forma un pentágono irregular que, mirado desde el río, recuerda, con bastante fidelidad, un morrión de granadero. El ángulo agudo en que se cortan las calles Dorrego y Luis María Campos, constituye la visera, calada, justamente, sobre un barrio de milicos. Este barrio, separado del de Colegiales por la segunda de esas calles, suele ser conocido todavía con el nombre compadrón de Las Cañitas, y era famoso por la fauna cuartelera que lo ornamentaba, compuesta de soldados enganchados, clases veteranas y de línea, chinas investidas de una confusa asimilación militar.

Volviendo a Colegiales y a los años de la guerra y posteriores, no muy lejanos, a pesar de todo, cabe decir que entonces, poco y mal edificado, y peor y menos habitado, era un barrio, sino bravo, como ha dado en decirse con los tangos, que tenía, por lo menos, sus momentos de mal humor, en los que era capaz de hacer una hombrada "de la que hable el barrio tres o cuatro días".

Biógrafo a 0.20 la completa

Como todos se han fundido, puedo hablar de ellos con libertad. Había, entonces, sólo dos cinematógrafos en todo el barrio de Colegiales y Chacarita, hasta Belgrano. Uno, "Las Familias", era, como su nombre lo indica, el lugar de reunión de las no muchas familias "bien" del barrio, adonde se iba, más a flirtear en los entreactos, que a seguir el desarrollo de la película. El otro, "El Ideal", estaba muy lejos de merecer su nombre, y menos por sus pulgas, que eran bien materialistas. Situado en la calle Jorge Newbery, no era más que un corralón de chapas de zinc, en uno de cuyos extremos, sobre la puerta de acceso, zumbaba la máquina proyectora y en el otro, bajo la pantalla, la pianista dejaba a veces de mirar la cinta y se acordaba de tocar el piano, sola durante toda la matinée, hasta que al fin, en la sección vermouth, llegaba el violín, siempre con las cuerdas a punto de saltar.

Por veinte centavos, nos dábamos un empacho de biógrafo. Entrábamos a las dos de la tarde y salíamos a las ocho de la noche, encandilados. Ese era el tiempo de William Farnum, Perla White, Geraldine Farrar, June Caprice, René Cresté, Agapito, William Hart...

Cuando queríamos "paquetear", nos íbamos al de "Las Familias". Pero entonces "colábamos", sobornando al portero con veinte centavos. Más tarde, cuando se cerró el "Ideal", abrieron en la misma calle el "Libertad" y en la calle Federico Lacroze el "Los Andes", ambos de mayores pretensiones y hoy desaparecidos.

La poca vigilancia en la playa de cargas de la estación Colegiales, dió origen a una industria, o, mejor dicho, a un comercio entre las turbas de muchachos que vagabundeaban por los alrededores. Estos, aprovechando las horas de la noche o un descuido de los peones, robaban grandes trozos de leña, especialmente esos que llaman "galletas", y los vendían luego en las casas por unas monedas. Las "filtraciones" llegaron a ser tan grandes, que la empresa abrió los ojos y estableció vigilancia. Agentes del escuadrón de seguridad recorrían la playa y las calles vecinas. Entonces empezaron las persecuciones cinematográficas de los "chorros" de leña. Cada dos o tres días el barrio era alborotado por esas carreras desenfrenadas de los caballos tras el hombre enloquecido, por las pitadas de auxilio, por los gritos, por el tumulto de la caza final. Recuerdo que una vez, uno de esos "chorros", perseguido por los agentes, se metió adentro de casa. Atravesó el patio, ante el asombro y la inmovilidad de todos nosotros, y saltó la pared trasera, pasando a los fondos de la casa vecina. Allí fué copado por uno de sus perseguidores, que había entrado por un potrero que daba a la otra calle. Acorralada, la presa se vió indecisa. El agente, en el ímpetu de la persecución, rodó con su cabalgadura, cuando ya alcanzaba a agarrar al fugitivo. Ciego de ira se levantó del suelo y echándosele encima, empezó a abofetearlo, desahogando la rabia del porrazo, mientras aquél, como un último recurso, gritaba ante el círculo impávido de curiosos:

—¡Atentado contra la libertad! ¡Atentado contra la libertad!

En la calle Palpa, llegando a Alvarez Thomas, se extendía un descampado de una o dos manzanas, dividido en potreros y quintas de verdura. Recuerdo que otra vez, la persecución había llegado hasta allí, seguida de una nube de curiosos. El "chorro" corría, desalentado, saltando alambrados, a campo traviesa. El vigilante se detenía de tanto en tanto en su carrera y descargaba su revólver, "para asustarlo" (según dijo después). Los tiros, en el aire de la tarde, restallaban como fustazos y eran devueltos con un ruido seco por las paredes de la calle que, al fondo, cortaba los potreros.

Esa campaña, y los mástiles con faros que se construyeron para iluminar la playa de maniobras, acabaron en poco tiempo con ese comercio furtivo de los hurtos de leña, que cada dos o tres días ponía en el barrio un brochazo de agua fuerte.

La Calabria

Entre Zapiola y Freyre, lindantes con Loreto, se extendían terrenos baldíos, cubiertos de yuyos altísimos y basuras, que el barrio designaba con el nombre de "potrero de Loreto". Pasando este potrero, hacia el Noroeste, se dilataba un país semifabuloso, la "Calabria", verdadera sucursal de esa península, cuyo dialecto era allí el idioma oficial.

Esa era la parte pendenciera del barrio, de allí llegaban con frecuencia los ecos de altercados acabados a balazos o puñaladas. Estos recrudecían para carnaval. En la calle Freyre se realizaba el corso de la Calabria. Claro que, a buen gusto y refinamiento, dejaba mucho que desear. Estaba constituído casi exclusivamente de carros adornados con papel calado, al estilo de las carnicerías, y no faltaba el gracioso que comía orejones en una bacinilla. Pero eso no sería nada, si no fuera por los líos de proporciones a que solían dar lugar esos festejos. Es sabida la rivalidad tradicional existente entre los osos "Calabria" y "Carolina". Estos plantígrados de arpillera, llevados de una cadena por un calabrés, calabreses también ellos, allí donde se topaban se iban a las manos, ellos y sus "pastores", y era fácil que el asunto terminara con sangre y empalmara con el hospital y el calabozo. Lo mismo sucedía con las murgas y comparsas, que mantenían viejas competencias, renovadas todos los años, con las de los otros barrios.

Hoy en el lugar de la antigua Calabria se alzan chalecitos y "cottages", sobre calles asfaltadas. Muchos de sus moradores continuarán tal vez siendo los de antes, pero, por lo menos, ahora hablan español y usan el cuchillo sólo para llevárselo a la boca.

El club

En la esquina de Conesa y Céspedes hay un almacén. En la época a que me refiero y hasta hace varios años, era el almacén de Solari, pulpería de ciudad, verdadero club del barrio. Allí íbamos los muchachos, los hombres y las comadres, a pasar el rato, con cualquier pretexto. A veces, sin ningún pretexto. En el almacén, los dueños estaban tan acostumbrados a esas tertulias, que ya ni nos preguntaban qué queríamos. Nosotros llegábamos y nos sentábamos. Los clientes se iban sucediendo, y cada uno se despachaba un parrafito. A la hora de las comidas, la familia se sentaba a la mesa, no sin antes invitar a los presentes. El almacén era un refugio, era un puntal del barrio. A él se podía ir en procura de cualquier cosa, desde unos pesos hasta una ristra de ajos, en la seguridad de no volver con las manos vacías. Don Solari era el tipo acabado del antiguo comerciante de barrio, trabajador hasta matarse, interesado y campechano, celoso y paternal con su clientela. En sus manos, el comercio adquiría su verdadero carácter de intercambio de servicios.

En esa esquina jugábamos a la pelota, contra las cortinas metálicas del negocio, con gran desesperación de don Solari. Cuando éste había salido ya varias veces a ahuyentarnos, nos corríamos hasta la otra, donde vivía la "vice" del colegio, y jugábamos contra sus ventanas. Al rato se asomaba ella, desesperada, a pedirnos que por favor no le despertáramos al nene. Jugábamos al rango, a la billarda, al rescate. Poníamos un petardo tapado con una bacinilla, y la hacíamos volar, apostando a cuál más. Por la noche jugábamos a los vigilantes y ladrones, desparramándonos por los potreros.



Ahora

Hasta en las calles más apartadas y reacias, se ha metido el progreso. El barrio empieza a levantarse, a ganar pisos hacia arriba.

Desaparecida la Calabria, desaparecidos los potreros, asfaltadas las calles que quedaban sin adoquinar, aumentado el tráfico, desaparecidas las barras de matalotes que regenteaban las esquinas, Colegiales va perdiendo sus aspectos más pintorescos, sus rasgos más característicos.

Todo ha cambiado. Sólo las fabriqueras, a la mañana y a la tarde, van y vienen de lo de Mitau y Grether, como antes iban y venían de lo de Sternberg.

Un Cuento Policial:

EL MISTERIO DE LOS TRES SUICIDAS

por VICTOR JUAN GUILLOT

DESPUES de todo, siempre queda en la historia un aspecto de misterio que provoca todavía inagotables comentarios en la Colonia Piemonte y hasta en toda la zona agrícola del Departamento San Martín. El viajante de una casa importadora de implementos agrícolas afirmó en la chacra de Prezzolini que en Rosario habíase hablado mucho de la cosa y que los diarios formularon diversas hipótesis para explicar los extraños sucesos, sin que ninguna de ellas fuese aceptada como enteramente satisfactoria. Lo cierto es que un hábil pesquisante rosarino pasó varios días recorriendo la Colonia, visitó las chacras, conversó con unos, interrogó a otros, tomó muchas anotaciones, silbó bajito con expresión enigmática y regresó sin hablar palabra acerca del resultado de sus investigaciones y sin que después se supiera nada de lo que descubrió o comprobó el pesquisa.

"¿Por qué no se metió preso al francés Bernard? Esta es la cuestión que plantean victoriosamente en la Colonia, como argumento final de siempre renovadas discusiones, todos aquellos que se precian de tener un poco de sagacidad y que han visto más mundo del que se extiende entre los alambrados de las chacras y los rieles de la Estación. ¿Por qué no se procedió contra el francés Bernard, cuando nadie dejó de advertir la inexplicable relación existente entre la presencia de ese sujeto y la muerte de los otros?"

Claro que nadie llegaba a afirmar que Bernard hubiese echado a Legnardi dentro del pozo en que se lo encontró muerto; tampoco ninguno asegura que el francés hubiese colgado al criollo Gamarra ni al pobre Alazzio de las cuerdas con que se ahorcaron. "Pero hay muchos modos de matar. Hay muchos modos de hacer morir a la gente"...

La misma señora de Doncel, directora de la Escuela Nacional de la Colonia, una maestra con diploma y que recibía revistas de Buenos Aires, recordaba que con el magnetismo, o con el hipnotismo, u otra fuerza así, se consigue poner a las personas en un estado tal que las deja sometidas a la voluntad de los demás, sin que puedan negarse a ejecutar cualquier barbaridad que se les mande hacer, aunque sea un crimen.

Y esas cosas no eran fábulas ni fantasías de los libros. En la Colonia vive más de uno que ha visto cosas iguales allá en Italia; y algunos hasta en Rosario, en el Circo Politeama, donde un faquir hacía llorar o reir a cualquiera que se prestaba a ello, solamente con decirle que había ganado la lotería o que le estaban sacando una muela sin inyección, después de haberlo hecho dormir con algunos movimientos de la mano, mientras lo miraba fijamente en los ojos. Es verdad que el inspector de la Defensa Agrícola, en su última jira por las chacras, dijo que en San Martín reíanse a carcajadas de las supersticiones fantásticas de los colonos y de sus sospechas descabelladas sobre el francés Bernard, porque estaba probado en autos —al hombre le gustaba repetir la expresión—; estaba probado en autos que tanto Legnardi como los otros dos se suicidaron a causa de que entre la crisis, la baja de los precios, la langosta y las deudas, ya no sabían cómo salir del paso y les entró una desesperación que los llevó a cometer aquella locura.

Eso diría la policía de San Martín, naturalmente. Algo tiene que decir la policía para explicar su fracaso. Pero cuando dos hombres sanos, fuertes, acostumbrados a luchar y padres de familia, además, se matan en menos de mes y medio; y cuando otro hombre —siempre el mismo— aparece mezclado en esos suicidios, no se necesita ser muy lince para establecer una sugerente conexión entre aquellos dramas y el individuo que directa o indirectamente resulta interviniendo en ellos.

"La cambonada fué — como lo repite hasta el cansancio Prezzolini —; la chambonada fué correrlo a tiros al francés Bernard, en la noche misma del velorio de Gamarra, en vez de agarrarlo y obligarlo a confesar la verdad de las cosas".

"Siempre que se procede sin reflexión hay que arrepentirse de haber cometido una estupidez". Y esto es un axioma en Colonia Piemonte como en cualquier otro punto del planeta.

La verdadera y objetiva relación de los tres suicidios de Colonia Piemonte no disipa totalmente las dudas suscitadas por las glosas con que la condimentan invariablemente los convecinos y amigos de los muertos.

Por mucho que se haga para interpretar racionalmente los hechos, siempre queda flotando un trágico ambiente de misterio alrededor de aquello.

> En el próximo número de CRITICA Revista Multicolor publicará un gran cuento policial de Antonio Berkeley. Un detalle imprevisto aclara un asesinato perfecto.

Para comenzar por el principio, es menester decir que un día —dos o tres años atrás— apareció en la Colonia el francés Bernard. El hombre no era agricultor ni cosa parecida. No se sabe con permiso de quién ocupó un lote de los reservados para edificios públicos; solo con su alma, levantó un rancho de palos, latas, barro y paja, arreglándoselas como pudo para vivir allí. Era un hombre alto, flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una huertita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con eso atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de desconfiar de él. Pero poco a poco todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no había razón a las desconfianzas. Después, y por una casualidad, el francés demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la Colonia. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo, para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad.

Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario, tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillarlo y hacerlo soldar en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos les pareció justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quién sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablándose en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezongar algunas recomendaciones en una jerga francocriolla que le salía de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentíase muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelía todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos huraños y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises. Y nadie intentó hacerlo; después de todo, era un ave de paso, cuya procedencia se desconocía y que en cualquier momento se mandaba mudar como había llegado. Cada cual tiene que ocuparse de sus intereses y de la situación de sus cosas antes de andar entrometiéndose en vidas ajenas.

Y la situación empeoraba cada día más en la Colonia. Ya en los dos últimos años el precio del cereal no dejaba margen ninguno y si no hubiera sido por la rebaja de los arrendamientos y los préstamos en semillas, los colonos no hubieran podido darse vuelta. Se trabajaba con la esperanza de un mejoramiento que no llegaba jamás. Por el contrario, lo que venía siempre era más malo que lo anterior. Primero fué la seca, prolongada terriblemente como una maldición de Dios caída sobre la tierra. Más tarde, cuando comenzó a llover, y se confiaba en salvar algo de trigo y el maíz, se presentó la langosta.

Día tras día las mangas de voladora ensombrecieron el cielo y abatieron sus nubes voraces sobre los campos, arrasando los bancales, mutilando las arboledas, envenenando las aguas. En toda la Colonia resonaba el estrépito de latas y subían al firmamento las humaredas de fogatas encendidas para ahuyentar aquel flagelo vivo. Los hombres andaban de aquí para allá, pálidos y rabiosos; las mujeres se lamentaban, desesperadas; y los chicos hacían una fiesta infernal de su ensordecedor estrépito de latas y las hogueras levantadas con todo lo que encontraron a mano para quemar, con tal de que ardiera y largara bastante humo.

La gente dióse por vencida, abandonándose a un sombrío desánimo. Era inútil luchar más. Lo malo es que si no se trabaja no hay que comer y alrededor de cada uno hay muchas bocas hambrientas. Ante la improbabilidad del cobro, los bolicheros se ponen serios y retiran las libretas de fiado; además, los arrendamientos vencen y de la sucursal del Banco se reciben papelitos doblados que traen un mensaje de preocupación y angustias. Sólo quedaba la esperanza de que el gobierno hiciera algo; los diarios anunciaban muchos planes; mas pasaban las semanas y los chacareros, reconcentrados y sombríos, rumiaban sus problemas frente a los campos pelados y ardidos, mientras colocaban algunas tiras de barrera para defender de la saltona algún pedacito de sembrado todavía verde quién sabe debido a qué milagro de la naturaleza.

La contaminación de las aguas y la mala alimentación multiplicaron las enfermedades. Nunca anduvo tanto el viejo Bernard como en aquellos días terribles; en cabeza bajo el solazo, avanzando por los caminos polvorientos, ladrado desde las tranqueras por enflaquecidos perros que se obstinaban en desconocerlo.

Una tarde pasó frente a la chacra de Legnardi; se detuvo y habló largo rato con el colono desde el otro lado del cerco. De las casas, la mujer los vió conversando; y el hijo de los alemanes Hellmuth, que pasó arreando una lechera, cambió con ellos un saludo cansado. Al anochecer, Legnardi entró a la casa callado y pensativo. Comió poco y quedó en el patio, fumando la pipa, cuando la familia se recogió para dormir. Un poco más tarde la mujer lo oyó, entre sueños, pasearse agitadamente de aquí para allá, hablando solo tan acaloradamente como si disputara con alguno.

Cuando se levantaron a la mañana siguiente los sorprendió su ausencia. Algo después el mayor de los muchachos, asomándose al pozo, distinguió un bulto en el fondo y comenzó a pedir socorro. A media mañana, entre varios vecinos, sacaron del agua el cadáver del pobre Legnardi.

En la Colonia se comentó mucho el suicidio pero nadie malició nada. Quien más quien menos, todos habían pensado alguna vez en hacer lo que hizo Legnardi para liquidar de un golpe una situación cada día más tremenda.

Después ocurrió lo de Miguel Alazzio y muchos abrieron los ojos. Un domingo de tarde, la familia regresó de una chacra situada en el fondo de la Colonia, en donde hubo una fiestita por el bautizo de una criatura. Encontráronse con Alazzio colgado de un tirante del galpón, muerto desde varias horas, a juzgar por lo frío que estaba el cuerpo.

Al hombre se lo había notado muy raro en las últimas semanas; nadie, sin embargo, pudo presumir que iba a terminar así. Andaba muy nervioso, pasábase días sin hablar casi, y solía hacer misteriosas alusiones a enemigos que lo perseguían implacablemente; a lo último no daba un paso sin tener al alcance de la mano la escopeta cargada. Precisamente, el día anterior estrelló contra el suelo un frasco lleno de cierto cocimiento de yuyos que le había recetado Bernard para los dolores de cintura, gritando que a él no lo iban a envenenar porque él sabían bien cómo defenderse de los envenenadores.

Entonces nadie en la familia tomó atadero a esas palabras. Ahora se repitieron y comentaron; y los hombres dieron en cavilar. Después de todo, al francés no lo conocía nadie; él les daba esto y aquello y ellos se lo tomaban sin observaciones, sólo porque les salía barato. Durante el velorio, algunos se arrinconaban, fumando sus pipas, y cambiaban recelosas impresiones. Cuatro o cinco mocetones, encabezados por el hijo del criollo Gamarra, recién licenciado de la conscripción, hablaban vagamente de hacer algo para librar a la Colonia de las desgracias que le habían caído encima desde que cierta persona tuvo la maldita idea de instalarse entre las chacras.

No hicieron nada; pero la gente dejó de llamar al francés; cada cual se curaba como podía. El otro sintió en seguida el aislamiento. Los que pasaban cerca de su rancho veíanlo trabajando otra vez en la huertita, al rayo del sol, más flaco y más alto que nunca, murmurando y manoteando en el aire como era su costumbre. Unos muchachos arriesgáronse a tirarle algunos terronazos y salieron disparando, aterrorizados, por las maldiciones del curandero, quien los corrió furiosamente con un palo.

Al fin se produjo la muerte del criollo Gamarra. Este Gamarra era el único habitante de la Colonia que creía aún en el francés. Cuando le hablaban de brujerías y de daños, largaba la carcajada, recordando que el viejo aquel, con unas raíces hervidas, habíalo curado en poco tiempo de una enfermedad al estómago, ya crónica, y que le costara una punta de pesos en las píldoras rosadas que recomendaba el almanaque.

Viniendo del pueblo en sulky, Gamarra estuvo parado largo tiempo frente al rancho del francés, conversando con él desde la calle. Eso lo vieron muchos, pues como el vehículo estaba detenido en el camino real, varios transeuntes, el repartidor de pan entre ellos, cruzaron por el paraje cuando los dos hombres conversaban amistosamente. Gamarra era una de las personas que estaban mejor en la Colonia. El campo de la chacra era suyo —lo último que les quedaba de la gran estancia transformada en colonia agrícola— y era propietario de una tropa de carros que en tiempo de la cosecha transportaba cereales, regenteada por el hijo mayor, el conscripto. Todos en la casa contaban después que volvió tranquilo, sin que dijera ni se le notara nada extraordinario. Repitió ciertas conversaciones oídas en el pueblo, anunció algunos trabajos para el otro día, cenó y se fué a acostar. Nadie en la casa lo sintió levantarse durante la noche. Pero a la mañana siguiente, el primero que se tiró de la cama descubrió a Gamarra ahorcado, pendiente del techo de la piecita que servía de comedor.

La noticia corrió inmediatamente por la Colonia, provocando gran excitación en todas partes. Gamarra era un vecino de importancia, había sido juez y estaba considerado como caudillo político de la zona. Todo esto, añadido a las circunstancias que rodearon su muerte, tan sospechosamente igual a las anteriores, fermentaron las levaduras de desconfianza y odio sedimentadas por los dramas precedentes.

Muy pocos atreviéronse a dudar, ahora, de que algo, una voluntad misteriosa y perversa, había desencadenado sus siniestros influjos sobre la población de las chacras. El mismo subdelegado policial admitió "como sumamente sospechosa la coincidencia de que el francés Bernard apareciese tan inmediatamente ligado a los tres suicidios consecutivos". Y hasta los más reacios confesaron encontrar "muy extraño el hecho de que el curandero fuese el último que hubiera hablado con dos de los suicidas y que el tercero estuviese bajo su asistencia cuando se notaron en su carácter las anormales manifestaciones que finalizaron en el fondo del pozo". Aquello era extraño, terriblemente extraño.

Una ola de silencioso pavor avanzó sobre la gente de la Colonia, colmando las almas de ese oscuro sentimiento de impotencia y miedo que infunde la inexplicable confrontación con lo desconocido. Y el terror mezclábase con la cólera, una cólera irrazonada y ciega que amenazaba explotar en bárbaras represalias.

Aquella noche los hombres acudieron callados y amenazantes a la casa de los Gamarra. Muchos cayeron armados con sus escopetas y revólveres; nadie inquiría el por qué de esas precauciones, como si una tácita inteligencia hubiérase establecido entre todos. Formando grupos, en el patio o en el galpón, cambiaban lacónicas frases, de las que habían desertado las habituales lamentaciones sobre el tiempo y donde ni se mencionaban las esperanzas respecto a medidas gubernativas en favor de los productores agrarios. Hablaban en voz baja de otra cosa. Con cautelosos sobreentendidos, conveníase "en que aquello no podía seguir así" y asegurábase "que algo había que hacer y se haría sin tardanza" para limpiar a la Colonia de elementos dañinos". Ni uno solo pronunció el nombre de Bernard; pero adivinábase en los ojos bajo las frentes ceñudas, una sola y obsesora preocupación. El hijo de Gamarra recibía significativos apretones de manos, mientras a sus oídos murmurábanse vagas y patéticas promesas. Aquello hízose tan perceptible que el subdelegado, presente desde temprano con el único agente a sus órdenes, creyó prudente eclipsarse sin más averiguaciones. Su experiencia habíale enseñado que cuando la autoridad no puede impedir ciertas cosas, es mejor que las ignore.

Pero las cosas no resultaron, finalmente, tan tremendas como se temían, sea porque los designios fueran menos trágicos de lo anunciado o bien porque la claridad plenilunar que iluminaba los campos delató a la distancia al grupo que se acercaba vociferando al rancho del francés. De todos modos, el hombre debía haber olfateado algo y estaría alerta, pues cuando sonaron los primeros ¡Mueras! y las primeras descargas de chumbos estrelláronse contra las maltrechas paredes de la choza, el curandero supo escabullirse entre las sombras del camino, desapareciendo sin dejar rastros de su oportuna fuga. No se le vió más por aquellos pagos.

El rancho ardió como paja seca y a la luz de su lumbrarada algunos se entretuvieron en cazar a balazos las enloquecidas gallinas y los conejos abandonados a su rencorosa furia por el fugitivo. Claro que el subdelegado comprobó más tarde que el incendio se debió a un accidente, a menos que hubiera sido provocado por el mismo Bernard, cuya desaparición corroboró no pocas sospechas, y que fué atribuída por los menos suspicaces a una recidiva de la viaraza ambulatoria que un día lo arrastró hasta la Colonia quién sabe desde qué punto de la tierra.

Lo que no fué obstáculo para que en la Colonia se siga discutiendo el caso. Personas serias como Prezzolini continúan afirmando que si las autoridades hubiesen procedido como correspondía, no les hubiese sido difícil dar con el paradero del prófugo. "Y una vez metido adentro el francés, se habrían sabido muchas cosas"...

Un tiempo después el viejo andaba por Córdoba, asegurándose haberlo visto por la campaña de James Craik o Ballesteros. Sería o no cierto; pero el caso es que alguien trajo diarios cordobeses donde se leía que por las mismas fechas algunos agricultores de aquella zona habían sido internados en el manicomio de Oliva.

Un caso real de posesión diabólica

LAS SIETE ALMAS AULLADORAS

por
Henri Fauconnier

Ilustración de
Juan Sorazábal

★

EN el camino que trepa hasta la casa de Rolain traté de obtener algunos detalles. No era, decía Ngah, una enfermedad ordinaria. Sí; la fiebre también, pero unida a una especie de locura. No reconoce a nadie; grita, pero no con su voz, sino con una voz extraña. Quizá un..., un... Me daba cuenta de que Ngah no osaba pronunciar la palabra demonio.

Llegamos al claro. La lluvia había cesado. Por el boquete abierto en la selva, un sol bajo, ese sol característico de la Malasia, agazapado tras unos montones de nubes, nos miraba con un ojo inyectado. Ngah se preservó la vista con las dos manos; evitaba siempre mirar al sol poniente y no comprendía el placer que yo encontraba en ello; placer malsano, bravuconada temeraria. Hoy me explicaba mejor su malestar. Vapores pesados se arrastraban sobre todas las cosas, en una luz lúgubre, mientras la selva, extenuada, permanecía silenciosa y este sol, que parecía vivir, pero con una vida agonizante, caía como cae un enemigo, lanzando una mirada de odio.

Mis ropas estaban tan empapadas, que me detuve antes de entrar en casa de Rolain, para desnudarme y escurrirlas. Me apresuré, porque el silencio de aquella vivienda me oprimía. Me hallaba al principio de la escalera, tiritando de frío, enervado por la fatiga, por las sorpresas de la jornada, por el alcohol y la inquietud... Y de repente, al levantar la vista hacia la galería, quedé inmóvil, fascinado; a bocajarro, dos ojos fijos en los míos me traspasaban sin parecer verme; dos ojos extraordinarios, vacíos, de un gris desteñido, casi blanco, como los ojos alucinantes de las estatuas.

La voz de Ngah me sacó de este estupor.

—Es Pa Daoud, el pawang, un gran hechicero...

El gran hechicero era de una singular fealdad: torso desnudo, de cuero apergaminado, largo rostro amarillo y rugoso —una especie de cidra de la que pendían algunos filamentos blancos— y labio superior prominente, tenso como un abceso. A su alrededor, esparcidos sobre el suelo, todo un muestrario de cajas, de botecillos, de montoncitos de polvos.

Repentinamente, aquel cadáver agazapado se animó, y tomando dos puñados de un polvo gris, poniéndose de pie, rígido frente al sol poniente, los arrojó contra el astro. Por tres veces se inclinó y se levantó batallando con frenesí para poner en fuga, para extinguir el disco maléfico, que retrocedía. Y cada vez brotaban de su garganta roncos anatemas.

¡Espectro amarillo, espectro gris!

¡Que tu rostro amarillo se convierta en cenizas!

gritaba el viejo, lo que me pareció de una irreverencia bastante audaz, mientras que Ngah, aterrorizado, postrado en un rincón de la escalera, levantaba su sarong por encima de la cabeza, para no ver ni escuchar nada. Y de pronto, otro grito se elevó, agarrándose a mis entrañas; un grito de fiera estrangulada; pero que no se parecía a nada, tan profundo y tan agudo a la vez, tan prolongado, que hubiérase dicho que era la respuesta del espectro. Arrojé mis vestidos y penetré de un salto en la casa, llamando en todas las puertas. En un cuarto, sobre el suelo, Rolain trataba de sujetar a Smail. ¡Ah! ¿Era éste Smail? Un demonio, un nudo de serpiente, una cosa convulsa que se estiraba hacia atrás, se ponía rígida y pataleaba en desesperadas convulsiones como un animal herido mortalmente, cuyas patas se agitan todavía en el vacío.

★

Luchamos durante varias horas; entre cuatro apenas si podíamos sujetarle. ¡Prodigiosas reservas de energía en ese feble cuerpo de adolescente! Inmovilizado en el suelo, veíamos anudarse sus músculos, vibrar sus nervios a flor de piel. Cuando la larga queja se extinguía oíamos sus dientes rechinar atrozmente. Sus ojos, sin pupila, no volvían a normalizarse sino para mirarnos con el espanto de la incomprensión. ¿Qué éramos nosotros para él? ¿Qué desconocidos enemigos? ¿Qué monstruos de pesadilla? A la rabia, al horror, veía sucederse la expresión desesperada de un supliciado que no esperase de sus verdugos sino la muerte, la agravación de su suplicio, entrar, desollado vivo, en el fuego del infierno. ¿Pero puede hablarse de expresión después de haber visto aquella mirada perdida, que no se sabe si es asaltada por visiones precisas o si se halla hundida en los limbos de lo inconcebible?

A veces se interrumpía la crisis repentinamente; las contracciones cesaban, pero los músculos permanecían tensos y no teníamos entre las manos más que un cuerpo endurecido, rígido, con miembros de madera.

—Su alma ha salido — decía Pa Daoud.

Se oía el ruido familiar del viento, las ramas que goteaban, el grito de un pájaro nocturno. Volvíamos a tener conciencia de la realidad, que era esta: estamos en la "Casa de las Palmeras". Smail se halla en estado cataléptico. Esto no puede durar siempre.

Enjugaba mis brazos bañados en sudor. Pa Daoud, vigilante, nos hizo una seña:

—¡Atención! Su hermano me llama.

Del fondo de las tinieblas subía un breve aullido, repetido a intervalos regulares y más próximo cada vez. Yo había aprendido ya a comprender el lenguaje de la selva. Era la voz fuerte, potente, de un tigre que caza. Y en efecto, como respondiendo a una llamada, Smail, repentinamente se escapó de nuestras manos, saltando hacia la ventana. Los barrotes de madera crujieron, la tela metálica cedió, y como nos agarrásemos a sus piernas para sujetarle se volvía, tratando de mordernos.

Hacia media noche, al fin, el tigre, que parecía rondar constantemente alrededor de la casa, se alejó. Smail se calmaba y Ngah pudo prepararnos el té. El momento era favorable, nos dijo Pa Daoud, para exorcizar al enfermo; mientras hacía sus preparativos, interrogué a Rolain.

Smail, me explicó, se hallaba preocupado desde hace algún tiempo. Ya no se entregaba a la lectura y no se atrevía a penetrar en la selva, durmiéndose en cuanto no tenía nada que hacer. Observó en el tronco de un árbol, que se ve desde esta ventana, uno de esos líquenes fosforescentes que habitan, según los malayos, las almas aún no encarnadas de los animales nocturnos; este pequeño fulgor parecía fascinarle todas las noches. Evidentemente encontraba por todas partes funestos presagios que le producían viva turbación; pero no hablaba de ellos. Cierto día arrojó un libro, como si su contacto le hubiese quemado; en la cubierta de este libro había gotitas viscosas, exudaciones de la madera que a veces caen de las vigas del techo. Para él eran simientes de demonios...

La noche última vino un tigre a merodear bajo la casa; se veían relucir sus ojos. Rolain descolgó su fusil; pero Smail dijo: "No, Tuan, te suplico que no le mates; no se sabe nunca quién pueda ser..." Cuando Pa Daoud dijo: "Su hermano le llama", tenía quizá el mismo pensamiento. Hubo un hermano mayor en la familia, muerto de convulsiones, el mal misterioso. Las convulsiones son debidas a que el alma se desprende para alojarse en otra parte; en otro cuerpo; cuando no se muere a causa de ellas, es porque a veces se verifica un cambio de almas. Entonces no se es ya el mismo de antes, sino en apariencia. Pero su hermano mayor había muerto. Sufrió contrariedades amorosas, porque los padres de una muchacha le habían rechazado. Entonces su "hígado" no sintió ya ganas de vivir y el alma partió.

★

El abceso de Pa Daoud se le ha subido a la mejilla. Comprendo ahora que su labio superior le sirve de petaca; con el índice extrae, del extremo de su boca, la pastilla de tabaco y la arroja en un rincón.

Ha cuidado la preparación escénica: algunos jarros recubiertos de hojas de ñame, un gran ramo de flores, en el que están enganchados unos pájaros hechos con palma trenzada y sobre una bandeja de cobre un bote con incienso, tazones con arroz. Con un ademán extingue la lámpara; los espíritus detestan su olor a petróleo, su luz categórica. Tres pequeños cirios palpitan en la penumbra.

Un poco de incienso sobre el ascua que Ngah acaba de traer. El humo sube en un delgado hilo vertical y Pa Daoud lo contempla inmóvil. Espera el primer presagio. De pronto, el humo se inclina hacia él dulcemente, como ofreciéndose. Entonces, con sus manos rompe la frágil columnilla, sumergiendo en ella las manos y aspirándola con lentitud. Diríase que este humo le embriaga; un ligero balanceo le agita y su sombra triple oscila sobre el muro.

El incienso ha venido a su encuentro: es que un sér invisible acepta su ofrenda y consiente en ayudarle.

—¡Paz sobre ti, Tanju! — canturrea Pa Daoud.

★

Conozco tu nombre y tu origen.
Eres impuro, pero santificado
Salido de las mucosidades de los ojos de Muhammad
Cuando escapaba de Mekka
En el polvo del desierto
Guiado por un infiel.
Cerrando sus ojos por haber llorado..

★

Nada impresiona tanto a los espíritus como que les recuerden su origen; ello les despoja del misterioso prestigio que creen poseer cerca de los humanos. Y si el que les habla añade a esta prueba de conocimiento, alusiones a los textos sagrados, que revelan un verdadero servidor de Alá, entonces quedan completamente subyugados.

Pa Daoud sabe aprovecharse de esta emoción, sin abusar de ella; coge el ramo de flores, y aproximándolo al humo, sopla sobre éste, que lo envuelve.

Ven a tu jardín de delicias
lleno de perfumes y de pájaros
creado por Alá
ofrecido por mi hermano Smail
Acepta este jardín de delicias
Revélame la enfermedad de mi hermano Smail.

Todo lo que se le pide a este espíritu es un diagnóstico, que indicará mediante la disposición de los granos de arroz tostados, extendidos sobre el agua de una jarra. Los granos flotan. El hechicero se inclina en un prolongado examen. Silencio.

—Veo que es invisible — murmura al fin Pa Daoud. Y volviéndose hacia nosotros:

—Es un badi.

Después de esto se va. Le oímos descender las escaleras de la galería, penetrar en la selva, alejarse. No tiene miedo del tigre... Yo, esta noche, prefiero darme una pequeña ducha en la cocina.

Rolain me dice que el hechicero volverá; que hasta ahora no hemos visto más que el preámbulo. Lo más importante será la explicación con el badi.

Un badi no es un demonio, sino algo más impersonal, una entidad maligna latente en todo lo que vive, animales, vegetales, piedras, humo... Pudiera quizá decirse que es un flúido, un poder de obsesión. Así es el badi, el que pasa de los ojos del tigre o de la serpiente a los ojos de sus víctimas; el que hace que, a veces, la mirada de alguien que se cruza en nuestro camino nos desmoralice, nos pese durante el día, ensombreciendo la jornada; es también el que irradia del sol poniente en la hora pesada del miedo. Pero al tratar de definirle, se destruye la intuición íntima de lo que es. Digamos solamente que existen grados en el dominio de lo inmaterial y que si los demonios son seres malignos el badi es sólo una posibilidad de serlo, como una mala acción en germen.

Pa Daoud llegaba de nuevo; traía consigo siete ramitos escogidos en la selva, de siete esencias diferentes. Rolain reconocía algunas, a las que se achacaban distintas propiedades. El mismo Pa Daoud le había instruído en estas cosas, en el curso de largas conversaciones. ¿Pero cómo es posible que en esta noche opaca haya logrado encontrar lo que buscaba?... Dicen que sus ojos ven claro en la oscuridad, como los de los tigres y hasta que tiene el poder de convertirse en una de estas fieras. A menudo desaparecía durante días, durante semanas...

Vuelve a ocupar su sitio cerca de Smail y queda allí recogido, agazapado, con las palmas de las manos sobre las rodillas. Se ve que un esfuerzo de concentración le aisla de cuanto le rodea. Después, poco a poco, la fuerza acumulada se desborda, recorre sus miembros como una corriente eléctrica, los agita en una larga trepidación. La máquina está dispuesta para el combate.

No se le ofrecerán flores al badi. El jardín de delicias se separa a un lado. Pues la belleza no se ha hecho para los malos, que ni la merecen ni saben apreciarla, escapando a su percepción. La belleza se ofrece a todos, pero es necesario saberla buscar. Aquellos que lo ven todo de un color negro en el mundo es porque miran desde las tinieblas de su corazón. No existe paraíso ni infierno, sino únicamente, en los ojos de los seres, una visión paradisíaca o infernal.

El estremecimiento que agita a Pa Daoud se convierte en una oscilación cada vez más amplia. Pienso en la danza de una cobra rodeada de un círculo de enemigos; una cobra vigilante, elástica, con la amenaza y el terror retratados en el fondo de sus ojos fríos. Sus labios se mueven ahora. Las fórmulas mágicas, para tener más fuerza, deben partir de lejos, ir a tomar su inspiración en lo más profundo del sér, del mismo modo que es preciso sacar de lo más hondo de los pulmones el aire que hará saltar la flecha de una cerbatana. Se las ve surgir, todavía silenciosas, al borde de los labios temblorosos. Al fin, la voz se eleva, ronca al principio, muy pronto incisiva como una flecha. Pero ninguno de nosotros comprende el sentido de estas palabras silbantes. Es el lenguaje de los espíritus, me desliza Rolain al oído. El hechicero llama en su ayuda, para defenderse contra la entidad maligna inapresable, a ocultos aliados que habitan una esfera en la que bastan las medias palabras para comprenderse. De la misma manera que, cuando retumba el trueno, los ojos inquietos del perro buscan los de su dueño.

Los sonidos extraños se precisan insensiblemente. Parece que se podría ya transcribirlos con letras de nuestro alfabeto. Después se mezclan palabras árabes. Reconozco algunos nombres. Pa Daoud invoca a los cuatro arcángeles: Israfil, dueño de los elementos; Azrail, dueño de los seres animados; Mikail, que está encargado de la fecundación y de la nutrición, e Iibrail, poseedor del conocimiento. Invoca nuevamente a Israil, el más lejano, el más trascendental, el último que puede todavía escuchar los ruegos de los hombres y más allá del cual ya no existe sino el silencio y la voluntad de Alá.

Reconfortado con los arcángeles, el hechicero se yergue, interpelando al badi en un tono agresivo. Le habla en malayo, importándole poco que comprenda o hasta que oiga: el deseo está ya formulado, el delirio sagrado obrará con el concurso de las potencias protectoras.

¡Oh, Badi! ¡Oh, Badi! ¡Oh, Badi!
Entra en este ramo de hojas
absorbe la esencia de estas hojas.
Los siete beneficios de estas hojas.
Vuelve a los lugares de donde viniste.
En el agua que corre y se infiltra
en el viento que pasa y no vuelve a pasar,
en los abismos rojos de la tierra,
en las llanuras sin vegetación,
en los espacios sin extensión,
por virtud de La-ilaha-illa-llah.

★

Una mano que ya no tiembla ofrece el ramo de hojas a la purificación del incienso, luego acaricia siete veces de la cabeza a los pies, el cuerpo rígido de Smail. Es preciso que el badi salga y que el alma espantada retorne en seguida. Este cuerpo no puede permanecer vacío, porque se pudriría. Pa Daoud llama al alma empleando la palabra que sirve a los malayos para llamar a los volátiles: ¡Kur! ¡Kur!

—¡Kur! ¡Semangat! ¡Ven, alma de Smail, bin bangka! ¡Venid, sus siete almas!... Ven, pájaros, ven pequeñuelo, ven impalpable...

Y he aquí, en efecto, ante este estímulo el cuerpo se agita, el alma vuelve. ¡Siete almas aulladoras!... Nos precipitamos sobre Smail, pero el hechicero nos aparta con brazo de hierro e inclinándose sobre el enfermo, le toma la cabeza entre las manos, clava los ojos en los suyos, grita, más fuerte que él, sin tomar aliento... Parecían dos perros que aullaran a la muerte. Después cayeron extenuados.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*

YO SOY UN SOLDADO ROMANO
BUENO; ESPÁNTEME LAS MOSCAS
HE DE AHUYENTAR SUS MALOS PENSAMIENTOS
BAILE UNA RUMBA
LE DEJO MIS ARMAS
ENSAYE UN PASO DOBLE
¡FUERA, CIRUELA CON ARSÉNICO!

PROMENADE

AHÍ VAN LOS DOS CEBOLLITAS CUSPIDEANTES
DIOS LOS SALVE
NO ME AGRADAN LAS PROMENADES SOBRE LA HIERBA VERTIGINOSA
POÉTICO ESTAIS
VOS SUFRÍS DE INSUFICIENCIA RESPIRATORIA
SON LOS HALITOS CAMPESTRES QUE ME EMBRIAGAN
TOCAR SU CABEZA ES UN NOBLE PLACER: ES EL ANCA DE SUS PENSAMIENTOS

GRESCA ARMONIOSA

ME VA A DECIR USTED SI TIENE DISCOS Y SI ES AFICIONADO A LA VERBA CUADRICULADA
YA NO SE PUEDE VIVIR CON TANTAS AVERIGUACIONES
SEPA QUE YO ICÉ LA BANDERA DEL LIBRE ALBEDRÍO EN EL MÁSTIL DE LA LOCUACIDAD
ME NIEGO A RECTIFICARME
¡AY!
¡IRÁ A LAS GALERAS!

TU ERES LA PAZ

TOMEN, LO MERECEN. SUPIERON DE MEMORIA LA HUIDA DE EGIPTO
QUEREMOS UNA PALOMITA DE AZÚCAR
SOMOS DOS GOLONDRINAS PINTADAS AL LAQUÉ
BOMBONES DE QUESO PARMESANO Y ANCHOAS BAILARINAS
SOAP
EL CAPITAN NOS HIZO UNA MUECA
ES LA DESESPERACIÓN DE UN HOMBRE HONRADO

★ El Negro del Saxofón ★

★

por
Enrique Mallea
★
Ilustraciones de
Parpagnoli

—¿NO se acuerda usted de él? Cuando tocaba sus solos de saxofón o cantaba sobre la tarima de la orquesta, muchos concurrentes cambiaban entre sí miradas significativas. Miraban al negro y luego a Mary, aquella delicada rubia angélica que pasaba su vida detrás del mostrador frente a la caja registradora. Una emoción extraña quebraba a veces la voz de Joe y sus miradas se posaban en ocasiones más de lo conveniente en el rostro de la cajera. Algunos sonreían entonces, otros comentaban. Creo que era Jimmy Rice, quien, sin soltar su bock de cerveza, se levantó allá en el fondo del salón, y luego de palmotear varios hombros llegaba hasta Mary para pedirle que sonriera a Joe. Mire usted que va a llorar, advertía maliciosamente. Ella sonreía. Siempre que le daban bromas con Joe, Mary sonreía. Joe acostumbraba en las pausas de la jazz acercarse al mostrador para conversar con la muchacha. Hablaba ante ella visiblemente coartado, como si su vida se paralizara en su presencia. Gustaba contarle sus andanzas por ciudades varias ,su infancia desdichada y triste y sus sueños. A veces le leía con voz lenta y aterciopelada alguna letra para jazz que había escrito. Otras, prefería el silencio. Sintiéndose fuerte y feliz, se quedaba junto a ella sin hablar largo rato. Un vaso ya vacío daba vueltas entre sus manos, su pie derecho buscaba junto al piso el barrote de bronce, su mirada fija sobre el mostrador lustroso y mojado, seguía el reflejo del rostro de Mary y el suyo.

Al largo mostrador se acercaba también un hombre alto y morocho que cambiaba palabras y sonrisas con Mary. Llamábase Tex Olden y dicen que venía del Oeste. Se paraba en el mismo lugar que acostumbraba ocupar Joe y hablaba a la muchacha buscando sus ojos. Ella esquivaba sus miradas con una sonrisa, simulaba por centésima vez arreglarse los cabellos, y luego, haciendo girar la manijilla de la caja, sacaba fichas del cajón y entregaba el vuelto a los mozos. Todos notamos cómo Joe seguía con ojos tristes e inquietos las visitas cada vez más frecuentes de aquel hombre y cómo evitaban encontrarse ambos junto a la muchacha.

Porque cuando Joe se arrimaba a la caja, Tex permanecía solo en una mesa bebiendo su vaso de gin. Sus grandes ojos soñadores perseguían el humo de su cigarro o se posaban fuera, en la calle, llenos de nostalgia de grandes espacios. Porque no sé si usted sabe que Tex tenía en Arizona una propiedad pequeña y alguien le dijo que se anogaba aquí en Nueva York.

La cuestión es que Joe se inquietó mucho. Aquel hombre no entraba en sus planes. Presa de una visible nerviosidad tocaba y cantaba espiando los movimientos y las miradas de ambos, esas miradas que semejaban señales profundas de sus almas, mientras su saxofón sonaba dolorido y resignado. Cuando Tex faltaba al bar, Joe recobraba su alegría. Pensaba, tal vez, que no volvería más, y nuevamente volvía a acercarse al mostrador.

Pero una vez junto a Mary, sólo atinaba a dar vueltas y más vueltas a su vaso.. Parado frente a ella, sentía la trágica imposibilidad de realizar sus sueños, el abismo infranqueable que formaba el color del rostro de Mary y el suyo. Y retornaba a su puesto.¡Eh Joe!... Toca Dixieland, le gritaban. En aquella época se tocaba mucho Dixieland. Pero Joe no contestaba.

Una vez le preguntó a Mary: ¿Piensa quedarse siempre aquí? ¿Y dónde quiere que vaya? Como para cambiar de empleo ahora, contestó ella. Aquellas palabras le consolaron un tanto.

Se dió cuenta que no podía aspirar a más. Viviría junto a ella mirándola, conformándose con la magia de su presencia. Así, cuando un día supo que Mary se había comprometido con Tex, no se afligió mayormente. Tampoco la vez que ella lo llamó para presentarle a su prometido. Los dos hombres se estrecharon las manos con cordialidad. Cante usted Dixieland, solicitó Tex. Joe accedió. Recuerdo que el canto de su saxofón me pareció aquella noche a ratos desenfrenadamente alegre y a ratos saturado de una comunicativa tristeza. Era evidente que el mundo sólo tenía sentido para él a través de ella. Poder contemplarla, recoger una palabras suyas, encontrar sus miradas, perderla y volverla a hallar en la melodía lenta de un blue o en la vertiginosa de un foxtrot, era todo lo que Joe le pedía a la vida. Estaba seguro que nada cambiaría allí dentro del bar, y que el mundo permanecería siempre así para asegurar aquella pequeña y grande felicidad suya.

Pero un día alguien le dió una noticia terrible. Mary, una vez casada se iría a vivir con Tex a Arizona. El negro sintió que su vida se paralizaba con aquella nueva. Se resistió a creerla. Como quien no tiene interés preguntó al dueño. Sí; se nos va Mary, confirmó Dunn dando vueltas a su grueso cigarro de hoja en la boca. Lo siento. Es una buena muchacha. Silencioso, cabizbajo, Joe volvió a la orquesta. Quizá fué allí, en ese instante, en ese breve trecho de veinte pasos, que nació en su cerebro aquella idea que debía obsesionarlo. El presentimiento de que una vez ida Mary no podría seguir viviendo le aniquiló. El bullicio del bar se le hacía a ratos insoportable, cuando no se entregaba a él locamente para acallar su desesperación. Y la fecha del matrimonio se acercaba. Joe sentía un nudo en su garganta cada vez que Tex entraba al bar y se arrimaba al mostrador. Su odio fué creciendo día a día. Faltaba ya poco tiempo. En su cabeza, como un taladro, la idea fija daba vueltas y más vueltas horadando cada vez más hondo. Nunca oí tocar el saxofón con más furia y dolor que aquel entonces. Los seis restantes compañeros de Joe en la orquesta le miraban extrañados y reían.

Yo le comuniqué mis temores a Harry Jones. Pero Harry me dijo que Joe era un mal hombre y que no era digno de que se ocuparan de él. Vaya usted a saber... La cuestión es que, quizá, aquella pesada noche del mes de agosto, todo empezó a dar vueltas en la cabeza de Joe: el bar, la orquesta, su vida, la calle, su infancia, las botellas, los vasos y las mesas como un oscuro torbellino. Un calor horrible enardecía la ciudad. La música de un blue que salía hasta la calle por las abiertas puertas del bar, hacía más pesada la noche.

Dicen que Tex recorrió el camino del bar a su casa con la melodía de un foxtrot en su silbido y canturreando a trechos unas estrofas. Caminaba con paso firme y lento. Una alegría viril le inundaba y su mirada se levantaba a veces hacia las estrellas. Una noche última, fija, muda y expectante lo veía pasar por unas calles y [illegible], que parecían despedirse de él para siempre. Joe le seguía a prudente distancia buscando las sombras. Cuando Tex franqueó la puerta de su domicilio, el negro dejó pasar un instantes, se aseguró de no ser visto por nadie y luego entró. El asunto debió ser fácil. En la oscuridad de la escalera bastaron dos puñaladas para borrar de los ojos de Tex toda esperanza y quebrar su cuerpo en un ademán doloroso y desesperado. Habrá buscado en las tinieblas el apoyo de las paredes, y luego su cuerpo habrá rodado unos escalones hasta quedar tendido en el primer descanso. Así lo encontraron.

Yo fuí al entierro de Tex. La investigación policial fracasó por completo, ¿recuerda usted? Cuando volví a ver a Mary, otra vez tras el mostrador, su rostro parecía cansado y sus miradas se detenían largo rato sobre un objeto cualquiera como ensimismada. Sólo el pedido de un mozo varias veces repetido, hacía volver la vida a sus ojos. Entonces maquinalmente daba vueltas la manijilla de la caja, sacaba las fichas del cajón, entregaba el vuelto y luego de pasear su mirada indiferente por el bar, volvía a abstraerse. No notó que cuando ella volvió al bar, Joe tocó y cantó en forma extraña e inusual, mientras una felicidad tumultuosa sacudía su cuerpo. La mirada de sus ojos era más viva, su alegría más honda, sus dientes parecían más blancos que nunca. Seguro que nadie le robaría ahora a la muchacha, empezó a acercarse al mostrador con la misma frecuencia de antes. De Tex no habló nunca. En cambio Mary hablaba continuamente de él. Joe bajaba entonces la cabeza.

No podía soportar la mirada de Mary que le quemaba, y le parecía sentir detrás suyo la presencia de algo muy grande y espeso que lo oprimía contra el mostrador y debilitaba sus piernas y sus brazos. Pero una vez en la orquesta, olvidaba su muerte y volvía a fundirse con el bullicio del bar y el estrépido de los pistones, trombones, saxofones y banjos que le rodeaban. Alegre y seguro su saxofón podía cantar ahora hacia el techo, hacia ambos costados, o hacia el suelo su felicidad indudable. Pero su alegría lo perdió. Compuso un blue que se llamaba: "Igual que en un sueño". Una noche, lentamente acompasado y mecido por el vaivén de los siete cuerpos de la orquesta, empezó a dibujarse su hermosa melodía. Joe se adelantó y radiante de dicha cantó, si mal no recuerdo, esto:

"Y no había espacio, ni tiempo que la robara a mi vista y la dañara.

Yo puedo, si quiero, cargar el mundo en mis hombros porque ella está aquí.

Pero prefiero cantar y no hacerlo".

Cuando Joe terminó de cantar, Mary se quedó mirándolo fijamente desde atrás del mostrador. Al día siguiente, la misma mirada dura e interrogadora le siguió, le espió y le taladró desde que él entro a ocupar su puesto, hasta que abandonó el bar pasada la media noche. Los días subsiguientes Joe no se atrevió a mirar a Mary, ni se acercó al mostrador. Una tarde ella lo llamó — Cante usted "Igual que en un sueño", pidió. Joe lo hizo. Pero su voz temblaba. Se conocía que una creciente tensión nerviosa le invadía por entero. Sería mejor que se dedicara usted a cargar el mundo y no a cantar, notó ella despectivamente. Sí, reconoció Joe. ¿Por qué? preguntó ella mirándolo fijamente. —¿Por qué? El no respondió. Un día yo ví como ella, después de llamarlo varias veces se encerró con él en una pieza vecina al despacho de Dunn. —¿Quién mató a Tex — preguntó Mary a quemarropa. Joe balbuceó unas palabras e intentó retirarse. Se sentía acosado. Ensayó una sonrisa, pero a su boca sólo asomó una mueca dolorosa y a sus ojos una mirada desesperada en la que iba toda la justificación de su vida. Pero Mary, implacable y decidida, lo retuvo. —¿Quién mató a Tex — gritó fuera de sí. El cayó entonces, de rodillas.

Alargó su cuello y besó el borde del vestido de la muchacha El mundo, murmuró, el mundo y la vida todo lo es usted. El me robaba todo eso. Y golpeó su cabeza contra el suelo gimiendo dolorosamente. Ella comprendió. ¡Quedó aterrada al comprobar que era objeto de una pasión tan grande, tan abrumadora y sangrienta. Sin saber qué hacer lo echó de allí.

Un largo rato estuvo cavilando frente a esa nueva vida vacía y confusa que se alzaba ahora ante ella. Luego tomó su sombrero y abandonó el bar. Dunn, asombrado, la llamó por su nombre: —Eh, ¡Mary... ¡Mary!... Pero no obtuvo respuesta.

Cinco días después fué cuando ocurrió el suceso que conmovió al bar días y meses y que a usted tan mal le han contado. Alguien pidió a Joe que tocara "Igual que en un sueño". Debo decirle que Joe era entonces algo semejante a un espectro. Su estado inspiraba lástima y sus ojos no se apartaban de la puerta como si esperase el regreso de alguien. Recibió el pedido y de pronto gritó: —¡No! ¡No quiero tocar "Igual que en un sueño"! Ella no está aquí para oirlo. ¡Se fué porque yo maté a Tex! !Y no volverá más!... Se imagina usted la confusión que causaron aquellas palabras. Muchos se quedaron mirándose entre sí, otros corrieron hasta la orquesta para sujetarlo. La policía apareció luego, y Joe fué sacado casi a la rastra mientras gritaba desaforadamente su muerte y su amor a Mary.

Aun comentábamos el hecho, cuando una tarde, no mucho tiempo después que la policía se llevó a Joe, Mary entró. Su aparición causó asombro. Su rostro abatido y su mirada cargada de un extraño dolor la habían transfigurado. Se veía en sus ojos que venía allí para algo. Una determinación firme y oscura brillaba en su mirada. Pero estaba tan distinta, tan cambiada, que costaba trabajo trasladarla en el recuerdo hasta detrás del mostrador, volver a poner en sus ojos azules su clara mirada de niña, en su boca aquella sonrisa alegre y feliz, y en sus brazos el encantador ademán con que daba vueltas la manijilla de la caja. —¿Dónde está Joe?, preguntó ansiosamente. Los muchachos se inclinaron entonces hacia ella y le explicaron con minuciosidad lo ocurrido. Mary vió en sus palabras gritar a Joe desesperado, el asombro del bar, la confusión que siguió luego y la imagen lejana y opresora de la cárcel. Un largo silencio sucedió cuando terminamos de hablar. Mary permaneció todavía allí un largo rato. Diríase que flotaba en medio del vacío más absoluto. Cambió luego unas pocas palabras y salió. Herbert Morris la encontró un día en una calle de Brookyn. Dicen que Johnnie, el hijo de Burns, la vió una vez en el elevado mal vestida y avejentada. Después nadie supo más de ella.

El Club de los Mendigos

★

HABLARE de una clase poderosa y miserable de la sociedad inglesa; sacudiré los tristes y viejos trapos de los mendigos y de los vagabundos, y de todo eso saldrá una aventura conmovedora, original y verdadera. Los socorros oficiales, las cuotas particulares, las medidas legislativas no han podido nunca abolir la mendicidad en Londres. Los mendigos abundan en todas las calles de la ciudad y el espíritu calculador de los ingleses diría, si fuese necesario, los provechos, las entradas, la jornada de cada uno de esos miserables.

En el horrible barrio de Saint-Giles había un club formado por mendigos de Irlanda, que abandonaron las maravillas naturales de su hermoso país para explotar la fácil sentimentalidad de los habitantes de la metrópoli.

El círculo de Saint-Giles era una formidable asociación dirigida por un presidente y con sus secretarios nombrados por mayoría de votos.

Había asambleas periódicas, fiestas, días de recibo y banquetes espléndidos. El tesorero de esa extraña sociedad no dejaba nunca de enviar a Dublin una cuota trimestral, establecida por los socios mendigos en favor de los pobres de la lejana y desgraciada patria.

Todas las noches se reunían en la sala del club, donde fumaban, se conversaba y se jugaba como podría hacerse en el círculo más elegante de cualquier gran capital.

La conversación, que comenzaba generalmente con la discusión de intereses privados, terminaba en una verdadera sesión política sobre las miserias, las desgracias y las esperanzas de Irlanda. Entonces todos aquellos humildes mendigos, acostumbrados a extender la mano o agachar la cabeza a humillarse, se volvían fieros y soberbios como hombres libres. La lastimosa voz de la patria se hacía oír en medio de aquella turba de andrajosos, y de cada pecho salían gritos y protestas de una vigorosa elocuencia para contestar a los lamentos de la patria que sufre, que llora y que agoniza. Y cuando las imprecaciones de odio habían cesado, en las salas del círculo resonaban cantos de esperanza e himnos patrióticos en honor de los nobles defensores de la patria.

Un joven, que llamaremos sencillamente Arnold Conrad, se distinguía en el club por su patriotismo, por su violenta energía, su elocuencia y su ilustración. Su influencia era grande entre sus compañeros de desventura, que respetaban en él la superioridad de la inteligencia, de la devoción y de la voluntad. De día, Arnold iba por las calles de Londres pidiendo limosna y de noche conspiraba contra Inglaterra, leyendo y estudiando, para poder servir mejor a la causa de su país oprimido, de donde su ilustre familia fué desterrada y arruinada por la conquista.

Arnold casi nunca faltaba a las reuniones; era el socio más asiduo del círculo; nada se podía hacer sin él, porque sus consejos eran órdenes. De ahí que el dolor de los mendigos fuera grande el día en que, sin ningún motivo aparente, el celo de Arnold cesó de erguirse contra los grandes, los ricos, los ministros, los ingleses. El cambio fué completo. El afamado agitador de Saint-Giles no subió más a la tribuna, que era ni más ni menos que un tonel vacío, como el trono de Falstaff. Arnold dejó pasar las palabras "patria y libertad" sin turbarse ante el recuerdo de Irlanda, sin alzar la voz en favor de las víctimas. Con el pretexto de tener que viajar, dió su dimisión de tesorero, y el círculo debió resignarse a la ausencia de aquel que fuera su esperanza y su gloria.

Según las disposiciones del reglamento de la asociación, ningún socio podía regresar a Irlanda, alejarse de Londres a una distancia mayor de dos millas, ni renunciar a las prácticas y a los beneficios de la mendicidad sin la autorización del club. Arnold, por consiguiente, fué invitado a exponer los motivos de su conducta ante el tribunal de sus jueces.

Aquella noche la reunión era numerosa y brillante; se trataba de un gran acto de justicia distributiva, y además iba a oírse, por última vez quizás, la voz querida. La sala donde debían tener lugar las deliberaciones había sido adornada con cierta pompa. Todos vestían sus trajes de fiesta y, sentados en los escalones que formaban una especie de anfiteatro, esperaban que se abriera la sesión con un recogimiento silencioso, hecho de temor y de tristeza.

A una señal convenida, una puerta fué abierta con violencia. El presidente del círculo, los asesores y los secretarios se sentaron en su banco y todos los asistentes se levantaron para saludar a Arnold, que acababa de entrar.

Arnold hizo un saludo y fué a su lugar, el famoso tonel que le servía de tribuna y de asiento. Prestó juramento y prometió decir la verdad. Le pidieron el motivo de su próxima partida y de su cambio de conducta, que tanto afligía a sus hermanos. Arnold, la cabeza agachada, guardó silencio. Lo incitaron a hablar apelando a sus recuerdos, a sus sentimientos, a su probidad, a sus promesas. Arnold seguía inexorablemente inmóvil y mudo. La asamblea lo acusó de perjuro, de hipócrita y de traidor. Entonces Arnold se levantó fieramente para mirar a sus acusadores, exclamando:

—Hermanos: he aquí mi excusa y mi justificación: la vista de esta ciudad maldita me hace daño; mi cadena de miserias me agobia; necesito espacio, aire y sol. Me ahogo... ¡Soy desdichado!

El presidente, que era el decano de los mendigos, hizo acercar al joven y tomándole una mano con cariño paternal le dijo:

—Amigo, en nombre de todos aquellos que nos escuchan y que te quieren, ¿quieres decirnos cuál es la causa de tu dolor? ¿Qué ocultas en tu corazón? Vamos, habla; ¿qué tienes?

—¿Qué tengo? Padezco de gran mal, hermanos...

—¿Y cuál?

—Algo de extraño, de terrible, de inaudito; todo lo que la desgracia tiene de espantoso; todo lo que la locura tiene de increíble; todo lo que la desesperación tiene de más terrible. Hermanos: compadecedme y perdonadme.... Estoy enamorado... Enamorado de una gran dama, de una lady...

Un largo murmullo atravesó la asamblea. Algunas voces confusas intentaron increpar a Arnold; por fin hubo un momento de estupor y de silencio y el desdichado continuó:

—Mi audacia es extrema, sin duda. ¿Es posible que yo ame, que adore, que siga como una sombra a la viuda de lord Welbrook, la más bella, la más seductora criatura del reino? ¿Cuadra a un miserable irlandés, a un miserable mendigo, llorar, sufrir, vivir y morir por ella? He querido olvidarla; me fué imposible. Quise distraerme, aturdirme. Frecuenté los cafetines, las tabernas, los más horribles garitos. Bebí, jugué, me emborraché... y un día, tambaleante, enfurecido por el alcohol, pegué a un amigo, un mendigo como yo, un hermano...

—¡Ya te perdoné, Arnold! — exclamó un anciano, enjugándose las lágrimas.

—Desde aquel día juré que no volvería a beber más y he mantenido mi palabra. Pero mi desdicha aumenta cada día; ya no tengo el "gin" para aturdirme, para consolarme, para transportarme lejos de ella, lejos de la ciudad, lejos del mundo; y siempre la veo: de día, cuando mendigo; de noche, cuando velo, y ahora mismo, mientras hablo.

—¿Te dirigió la palabra alguna vez? —le preguntaron—. ¿Te ha hecho una limosna?

—Nunca me ha hecho una limosna; nunca me ha hablado; pero ella me vió a menudo, me ha encontrado en sus paseos... ¡Oh! ¡Ella me conoce!...

—¿Qué quieres decir?

—Voy a confiarles todo mi secreto, toda mi locura. A mediodía, cuando mi jornada ha terminado y he recogido mis limosnas, vuelvo a mi tugurio, dejo mis harapos, me visto con cuidado... En suma, hago desaparecer al mendigo y asumo la apariencia, los modales y la sonrisa de un hombre de mundo. Desde ese momento, en mi mente ambiciosa no soy ya un irlandés, un esclavo que pide limosna, sino un gran personaje, dueño de un título y una gran fortuna; creo llamarme lord Arnold, y voy alegre y altivo a ver pasar una mujer por las avenidas de Hyde-Park. Ella pasa en su coche; yo la miro, la saludo y me alejo.

A menudo ella sonríe; tal vez de compasión, cuando me ve aparecer... ¿pero qué importa? Desde seis meses esta ha sido mi vida, mi ambición, mi delirio; por eso ya no sé mendigar, ni para mí ni para mis hermanos, ni para Irlanda.

Pido, pues, que se me desligue de mi juramento, para poder irme muy lejos.

—Tú no partirás —dijo el presidente.

—¿Y quién podrá impedírmelo?

—Yo y el club de los mendigos.

—¿Con qué motivo? ¿Con qué derecho?

—Lo sabrás mañana.

—Bueno; esperaré hasta mañana. Vendré por la última vez con la bolsa y el bastón de viaje.

A la noche siguiente nadie faltó a la cita. La asamblea era aún más silenciosa que la víspera. Todos deseaban ver a Arnold, como si fueran a perderlo para siempre. La repentina aparición del joven fué saludada con aplausos. Al cabo de unos minutos, dos mendigos disfrazados de valets se acercaron a Arnold con el sombrero en la mano para recibir sus órdenes, llamándolo milord. Seis mucamos vestidos de negro, con galones de plata, se inclinaron ante él diciéndole:

—Estamos al servicio de milord.

Un intendente, con profundo respeto, le presentó una cartera con estas palabras:

—Milord, de parte de vuestro banquero.

Luego llegó otro mucamo con una carta:

—Milord, he aquí vuestro palco para el teatro del rey.

Por fin se oyó el ruido de un coche, y otro mucamo anunció:

—La carroza de milord está esperando.

—¡Dios mío! —pensó Arnold, asustado por esa escena—. ¿Sueño o estoy loco?

El valet preguntaba ahora:

—¿Adónde debo conducirlo, milord?

El presidente del club contestó:

—A su palacio de Piccadilly.

Entonces todos se acercaron para saludarlo y felicitarlo, y en medio de esa confusión el jefe de la asamblea le dijo:

—Adiós, hermano, de parte de todos los mendigos. No olvides nunca a los pobres de Saint-Giles, que han mendigado y mendigan para ti. No olvides a tus compañeros de desventura. Ellos te seguirán para protegerte, defenderte y servirte. Acuérdate que tu nombre es el nombre de los Conrad, arruinados, perseguidos, desterrados por los ingleses, y sé orgulloso de tu miseria de un tiempo, que es la miseria de toda Irlanda. Yo deseo que tú seas amado, admirado y feliz.

Nada más sé de esta hermosa y verídica historia. Ustedes le darán el desenlace que prefieran. En el cine no ofrecería mayor dificultad: ayudado, apoyado por el club de Saint-Giles, Arnold se convierte a los pocos años en el esposo de lady Welbrook y en uno de los agitadores más ardientes de la Cámara de los Comunes.

Bernardo Haedo

ILUSTRACION DE ROJAS

El Desdichado Hogar de San Martín

★

FORMANDO esquina en el costado sur de la Plaza Mayor, junto al mezquino edificio de la carnicería y el macizo de los Balcarce, se levantan "Los Altos de Escalada". Esta es la casa solariega de la familia; extensa fábrica de enjalbegadas paredes y corridos balcones saledizos de negras barandillas, sujetas a la pared por amplios arcos de hierro.

Descienden los señores de Escalada de antiguo linaje español oriundo de la provincia de Burgos, en la villa de Escalada, cuyo nombre tomaron. Casas de la misma familia, las ha habido en Santander, en la villa de Castañeda, o Santa Cruz de Castañeda, barrio de Colsa, en el partido judicial de Villacarriedo. De este tronco peninsular se ha desprendido la rama que, según los maestros de heráldica actuales: "tuvo línea muy principal en Buenos Aires". Los antepasados han tenido destacada actuación en la época del virreynato. Desde entonces acá, la familia ha conservado un rango preeminente en la vida de la colonia, y los hermanos don Francisco y don Antonio, han sabido conservar alta la tradición familiar a través de las épocas más difíciles. "La sociedad de aquel tiempo —dice un cronista— formaba, puede decirse, dos agrupaciones: los palaciegos o asiduos concurrentes a la Real Fortaleza y los comerciantes, regidores o empleados civiles no allegados, por política o por otras razones, a la persona del mandatario. A este último grupo pertenecían los Escalada y la casa de don Francisco podía considerarse como su centro". A pesar de su procedencia de vieja cepa castellana, han estado siempre, en efecto, revestidos de cierta atmósfera liberal. Representantes típicos de aquella burguesía que iba a apoyar la revolución y encauzar los destinos del país después de los agitados días de Mayo, habían tenido desde antiguo sus rozamientos y asperezas con el representante del poder de la Península. Sin que fueran para ello un obstáculo, los importantes y repetidos cargos oficiales que habían desempeñado con general aplauso, don Francisco fué procesado en 1779 por la aparición de unos pasquines en que se atacaban algunas personalidades de la época y la promulgación de nuevos impuestos; y su hermano Antonio, el 19 de agosto de 1810, en pleno período revolucionario, fué desterrado por orden de Saavedra "a causa de sus ideas exaltadas".

Perteneciendo pues al partido "Morenista" ,carácter brillante y alegre y a pesar de los años, gusta de atraer en torno suyo a la juventud, y, consolidada ya la marcha de la revolución, su casa se ha convertido en el punto de reunión de los más exaltados patriotas. Los Pacheco, Lavalle, Necochea, Olavarría, Olazábal, y cuantos se irán distinguiendo en la guerra de Independencia, son bien recibidos en sus reuniones. San Martín, al poco tiempo de serle presentado se ha convertido en un concurrente asiduo a estas veladas. ¿Es que su travieso buen humor se complace en la conversación intencionada en que las damas de la colonia gustan de dar rienda suelta a su ingenio? "En aquel tiempo la costumbre de establecer conversaciones picantes y hacer relatos espinosos, que en una tertulia moderna tendrían sabor de escándalo, era tolerada por un singular convencionalismo del aburrimiento que procuraba levantar algunas oleadas en el lago tranquilo de aquella vida parsimoniosa y siempre igual. Cualquier novedad agitaba la tertulia, interrumpía el juego, estrechaba el círculo de las sillas y contraía la atención de todos hacia el cuento malicioso, el apodo oportuno que calificaba un tipo o la broma picante que partía silbando como una saeta hasta dar en el blanco"... ¿Es, por el contrario, que busca en las interminables partidas de naipes, en las largas tenidas del monótono "revesino", un sedante derivativo a la agotadora labor que le imponen durante el día sus cuarteles del Retiro? No. San Martín lleva a esas reuniones su simpatía personal, su facilidad de palabra, sus gracias andaluzas aprendidas en las ingeniosas tertulias de Sevilla, de Granada; entretiene a las señoras y se capta la simpatía de los hombres; pero, desde un principio ha comprendido todo el partido que puede sacar de las útiles relaciones que la casa de los Escalada le brinda. De esta tertulia ha extraído ya buena parte de la juventud que ahora forma la oficialidad de su regimiento, comenzando por Manuel y Mariano, los hijos más jóvenes del dueño de casa, de diez y ocho y diez y siete años, respectivamente. Por otra parte, en este centro de reunión de las gentes más caracterizadas de Buenos Aires, no sólo se da a conocer personalmente, sino que, además, una frecuentación estrecha con sus elementos más destacados le permite captar la psicología y el tono de una sociedad con la que habrá de contar fatalmente para el logro de sus proyectos. Ningún centro más apropiado para alcanzar la popularidad y los conocimientos que habrán de serle útiles.

Pero, muy pronto, un motivo más serio y más fundamental, ha comenzado a atraerle, diariamente, a la tertulia de los "Altos de Escalada". En aquellas reuniones, entre una anécdota y otra, a lo largo de las prolongadas partidas de "revesino", y de las conversaciones sobre la marcha de los acontecimientos del país, se ha ido anudando un "flirt" que puede terminar fácilmente en los altares. Desde el primer momento, desde sus primeras apariciones en el círculo de los Escalada, San Martín, no parece haber sido indiferente a Remeditas, la hija menor de don Antonio. El apuesto teniente coronel posee aquellas condiciones capaces de impresionar la imaginación de una niña de catorce años. Recién llegado de Europa, tiene a los ojos de las mujeres del país el atractivo de todos los prestigios exóticos. El uniforme gallardamente vestido, prenda infalible de reclamo amoroso, tiene una multiplicada virtud en el seno de una sociedad que desde hace dos años vive en una perenne exaltación heroica. Ocurrente y apasionado en sus conversaciones, sabe despertar la curiosidad y el interés con la amena diversidad de sus temas. Sus ojos negros, vivaces, denuncian un temperamento concentrado y ardiente; y esa manera de llevar erguida la cabeza parece aumentar su estatura, valorizada por el fácil juego de sus ademanes que se desenvuelven en el marco de una natural elegancia. Después, ¿no se ha singularizado desde el primer instante en el ambiente de la colonia? ¿En la tertulia de don Antonio no se habla siempre de él, con especial deferencia, como de una fuerte personalidad llamada a grandes acciones? ¿[illegible] Manuel y Marianito, los hermanos de Remeditas, no han [illegible] entusiasmo por San Martín a todo el hogar, [illegible] por su jefe [illegible] el Regimiento de Granaderos?...

Es cierto que San Martín sobrepuja en siete [illegible] el doble de la edad de [illegible]. Pero un hombre de treinta y cinco años, bronceado por el [illegible] mar y hecho a la vida al aire libre de los campamentos, no puede ser considerado un viejo, ni siquiera por una niña de catorce años. ¿Acaso en la sociedad de Buenos Aires, infiltrada por las viejas costumbres españolas, donde los intereses de familia, más que los impulsos del corazón, suelen concertar esta clase de alianzas, no se ven a diario parejas bastante más desiguales?

Remedios, por su parte, no tiene sino el atractivo de su juventud y el picante interés de un temperamento de mujer singularmente vivo y despierto. No es, a la verdad, lo que según el gusto de la época se suele llamar una mujer hermosa. Su figura menuda, fina, nerviosa, no es un ideal de elegancia en un tiempo en que, el consenso general, ha puesto de moda para la mujer, un género de prestancia patricia, las neoclásicas matronas de David, a base de formas opulentas y de ademanes reposados. Acaso su encanto mayor resida en ese guiño picaresco que parece aletear sobre su viva mirada de porteña traviesa, en la sonrisa de su boca de labios movedizos y expresivos, en el aire de su naricilla respingada cuyas aletas están siempre prontas a dilatarse con imperceptible gesto irónico para subrayar la gracia de una contestación repentina.

Por lo demás, parece improbable que el encanto de una niña que aun no ha abandonado del todo sus muñecas, haya logrado encender una pasión en el pecho de un hombre experimentado, desengañado de antemano, y que, en materia femenina, es más difícil de conquistar que lo que pudiera hacer creer, a primera vista, el brillo ardiente de sus ojos negros. Por otra parte, ¿qué puede significar el matrimonio en sí, para un hombre a quien la época y la profesión no le permitirán tener otro hogar que la provisoria residencia efímera aún, de la movediza tienda de campaña?

Pero; ¿si no es un vivo sentimiento violentamente disparado, qué otro móvil puede inducirle a ligar su destino al de esta delicada criatura, ahora que la inseguridad personal, la inquietud colectiva, con motivo de la guerra, se van a desatar por todo el continente? ¿Acaso no ha de ser él el primero en lanzarse a una campaña cuyo desarrollo y cuyo fin son, por el momento, absolutamente imprevisibles? ¡Buena ocasión para pensar en las obligaciones y en las dulzuras del hogar, ahora que todo un continente se prepara a arder por los cuatro costados!... No. no va a resultar feliz una unión que se inicia bajo tan inquietadores auspicios. Cinco años escasos va a durar esta sobresaltada vida de hogar, entrecortada por numerosas interrupciones. La primera separación se produce a los pocos meses de la boda, con ocasión de la marcha de San Martín al ejército auxiliar del Alto Perú. Remedios recién desposada, ha quedado en el seno de su hogar a la espera de que los acontecimientos le devuelvan la compañía de su esposo. Las distancias son largas, los correos lentos, los arranques epistolares del flamante marido no son seguramente tan frecuentes ni tan sostenidos como sería de desear. Los días pasan y los cuidados de su comisión impiden el esperado retorno de San Martín que ha de entendérselas con cuerpos de cuartel o el habitáculo, más de ejércitos desorganizados, donde todo está por hacer. El trabajo de organización, las preocupaciones del cargo, los delicados planes para las futuras campañas, que comienzan a diseñarse con precisión en la mente del joven teniente coronel, alejan sin duda las preocupaciones sentimentales. Al fin hay que perder hasta la esperanza del tan deseado regreso. San Martín ha sido nombrado Gobernador de Cuyo, y he aquí que es su joven esposa quien ha tenido que ponerse en viaje, cruzando todo el país, para recuperar en Mendoza la compañía de su andariego consorte. En Mendoza, por fin, la vida parece correr por cauces más normales, más satisfactorios. Es claro que, para la esposa del Gobernador, la existencia tiene ahora obligaciones sociales absorbentes y perentorias. Ella es casi una niña; esta es la primera vez que se enfrenta positivamente con la vida de relación, con todas las responsabilidades de una dueña de casa que es, al mismo tiempo, la esposa de un primer mandatario. Pero Remeditas, que no en vano ha sido educada en una de las primeras casas porteñas, sabe saltar sin transiciones de sus juegos infantiles a esta, su nueva posición, y se ha convertido, muy naturalmente, en Doña Remedios. El ambiente no es fácil de conquistar. La rivalidad entre "provincianos" y "porteños" que, andando el tiempo, acabará por cobrar una virulencia feroz, no ha estallado todavía con aquel ímpetu bravío que habrá de adquirir más tarde. Pero la ociosa sociedad de los cerrados círculos provincianos está siempre despierta para disparar sus críticas sobre los recién llegados, sobre todo si ellos vienen investidos de un poder oficial y obligados a una figuración forzosa. Ello no obstante, su juventud y su distinción natural, le han valido a Remedios una grata acogida en estos círculos tan susceptibles: "Apenas llegó a esta capital —escribirá muchos años después uno de nuestros cronistas— Remedios fué saludada y agasajada por aquella sociedad y se hizo querer tanto que aun no se han olvidado las simpatías que entonces inspiraba"...

¿Cuánto durará, sin embargo, esta unión entre los cónyuges? Han pasado apenas cinco años y este interregno hogareño está ya tocando a su fin. En 1817 el ejército de los Andes está listo para la gran campaña. En el mes de enero las columnas se ponen en marcha para iniciar la travesía de la Cordillera. El general se ha despedido para siempre de su hogar. Sólo le verá ya de paso, accidentalmente, antes o después de sus victorias. Dos años de guerra han pasado a la espera de sus partes, de sus cartas escasas, de sus rarísimas visitas. Un día de 1819, no pudiendo prolongar por más tiempo su soledad, doña Remedios busca otra vez el arrimo de su familia. Ha vuelto a Buenos Aires. Lleva consigo a su hijita de corta edad, y está gravemente afectada por su enfermedad del pecho. Los médicos no aprueban su estada en la ciudad. Será mejor para su salud el buscar el refugio campesino, que, por otra parte, no la aleje demasiado de sus familiares. Una quinta en los alrededores de Buenos Aires será un lugar ideal para encontrar el necesario reposo, la tranquilidad rural, los restauradores aires del campo. Remedios se ha instalado allí, pero el tiempo pasa y no se hace sentir la esperada mejoría. Acaso más que beneficiarle, le ha perjudicado este brusco pasaje del clima alto y seco de Mendoza a esta región, baja y húmeda, de las orillas del Plata. Es así, que la tisis que destruye sus pulmones, ha venido a manifestarse con toda su intensidad. Apenas unos inviernos más, y el mal acabará por consumar su obra. El 3 de agosto de 1823, su vida se ha extinguido por fin, víctima de su enfermedad, antes de haber cumplido los 26 años.

Si San Martín no va a encontrar la felicidad en esta corta y accidentada alianza, la verdad es que, bajo otros aspectos, ella no puede dejar de serle altamente ventajosa. Su vinculación a la familia de Escalada representa algo así como una voluntaria toma de ciudadanía que le presta arraigo efectivo en el seno de una sociedad que, meses atrás, podía considerarle casi un extranjero. Ha habido, sin duda, en esto una inteligente comprensión de las circunstancias.

Es este matrimonio, un acto indispensable, que le dará autoridad moral y el ascendiente que necesita para moverse con eficacia en el seno de una sociedad afincada sobre una base de estrechas relaciones familiares. Hay en ello la expresión de un propósito claramente diseñado. La familia de los Escalada no es solamente una de las casas más influyentes del país, sino que es, además, una de las dotadas de más cuantioso patrimonio. Pero no son los bienes materiales quienes pueden haber inspirado la conducta de San Martín. Su vida y su acción darán claro testimonio de ello. Por otra parte, ¿a quién puede tentar el poderío económico, en la espartana Buenos Aires de 1812, en donde el dinero es una especie casi superflua, sin inmediata aplicación en ese juego sencillísimo de sus costumbres? ¿No es casi monástica la vida de los habitantes de una ciudad en la que el inventario realizado sobre los bienes de un abogado de fama, podía dar este sorprendente resultado: "Un estante con libros. Dos baúles y una papelera con ropa de uso. Media docena de sillas de paja pintadas de verde. Cinco pares de cortinas de angaripolas en puertas y ventanas. Una tinaja de barro para agua. Dos candeleros de metal amarillo. Dos sillas de brazos. Un negro de 24 años"...

por

José de España

ILUSTRACION DE GUIDA

★

Museo de la Confusión

POR

Anímula Vágula

★

LA presente sección de Anímula Vágula está íntegramente dedicada a los caballeros escritores que, un tanto inexplicablemente, requirieron hace poco sus plumas y chambergos e hicieron una calurosa defensa del adminículo generalmente conocido con el nombre de sombrero.

En uno de los diarios más serios de la mañana del jueves 30 de noviembre ,bajo el título: Algo más a propósito de los que se ahorran el sombrero, aparecieron algunas interesantes, o interesadas, opiniones. El artículo se iniciaba con la siguiente pregunta:

¿Dónde fué visto el primer "sin sombrero"? He aquí una pregunta a la que nadie podría contestar con certeza.

Yo suponía con algún fundamento que el primer sin sombrero debió ser Paternoster, Adán y Eva o alguno de los primeros descendientes del solitario y pecaminoso casal. Sin embargo, la incontestable pregunta formulada parece disvirtuar esas suposiciones, si nos atenemos a la siguiente rápida respuesta:

—Allá por 1931 — dícenos un compañero — observé en algunas ciudades españolas el avance de semejante costumbres.

Y ahora pregunto yo. ¿Se habrá olvidado el informante de todos los otros precursores como el Bautista, los santos inocentes, Goliath, Holofernes, Luis XVI, la medusa, que no sólo fueron sin sombreristas sinó que exageraron su convicción hasta convertirse en sin cabecistas? ¿Y aquellos Santos de la Iglesia que redujeron el uso del sombrero a la mínima expresión, utilizando apenas ese misterioso y aéreo adminículo insensible a la ley de la gravedad que se llamó aureola? ¿Y Guillermo Tell, cuyos instintos sanguinarios recrudecían a la vista del menor obstáculo sobre la cabeza de sus semejantes?

★

Sin duda son ineficaces tambien las opiniones de algunos hombres de letras, injertadas al final y que corresponden en desorden de méritos a Alberto Gerchunoff, Arturo Cancela, Jean Paul, etc., por citar solamente a los más disparatados. Gerchunoff expresa así su opinión:

Cuando la gente vuelva a saber dónde tiene la cabeza, o sea cuando el mundo salga de la confusión en que vive, retornará el sombrero a su boga primitiva; se le verá, diverso e igual, sombríamente aludo, altivamente requintado, criollamente perfecto, en la calle, en el pórtico del teatro, en el pescante del automóvil.

Yo no sabía que el verdadero fin del sombrero fuera su dedicación al automovilismo, reventa de entradas falsas para los teatros y el lucirse criollamente requintado en un poste telefónico o sombríamente aludo debajo de un tranvía Lacroze. Después de esto, no sabemos si el señor Gerchunoff usará el sombreroff o lo dejará en la Perchunoff. Creo que noff. Otro especialista del sombrero que firma Jean Paul, dice:

El sombrero es sin disputa la prenda más característica y expresiva del indumento masculino. La simple manera de llevarlo tiene una significación, y el tocarlo o retirarlo para saludar, el inclinarlo hacia un lado, el echarlo hacia atrás, el encasquetarlo hasta las orejas, el sacárselo o ponérselo de un modo particular, son signos de cierto lenguaje que le es propio. Recuerde usted las poesías que aluden a ese lenguaje ("caló el chapeo, requirió la espada..."); recuerde la invocación de Rostand al sombrero de Napoleón; recuerde el simbolismo de la bacía del barbero con que se cubrió Don Quijote; recuerde la tiara, la mitra, el gorro frigio... ¿No le dice a gritos todo eso que el cubrecabeza, venido del fondo de las edades, es en el hombre un indispensable complemento del vestir, un órgano de comunicación en las relaciones sociales, un verdadero atributo de masculinidad?

Como se ve, el sombrero es sumamente expresivo y característico para el señor Jean Paul. El tirarlo hacia atrás, el recogerlo hacia adelante, el introducirlo en el tacho de la basura, el cortarlo con una tijera, el sacárselo por los pies, el ponerlo en baño María, el hacerlo picadillo y otros movimientos, son signos de un lenguaje que le es propio. En cuanto a su valor orgánico-comunicativo en las relaciones sociales, dudo que el caballero que se presenta luciendo un bonete presidiario, una aureola requintada, un nimbo de castor, una mitra de Panamá, una tiara con visera, una cofia dormilona, una gorra con el cartel alusivo — Perrera de la Capital — o un acuario encasquetado hasta las orejas tenga mucha aceptación en las salas, zaguanes y receptáculos familiares de los Tomkinson Fumoir, Alzaga Fané, García Menú, Bullrich Tattersall, Brioche Alvear, González Citroen y Fitina Negligé de Pando Demisec. Sobre el verdadero atributo de la masculinidad no creo tenga mayores influencias el gorro frigio que sólo he podido observar en las cabezas de ciertas damas patrióticas que se lo colocan para asistir a una estampilla, ubicarse en un papel moneda o circular en un cobre de dos centavos fuera de circulación.

En cuanto a la portación de "cubrecabezas" que vienen del fondo de las edades, creemos que mucho más prudente es donarlos al tacho de Luján o al Museo de la basura.

★

El señor Arturo Cancela opina también:

El saludo callejero perderá todos sus finos matices a causa de la falta de su instrumento —el sombrero—, y hombres y mujeres tendrán que recurrir, para no pasar por descorteses, al alfabeto digital de los sordomudos —que ya no lo practican ni los sordomudos— o al código de señales de la Armada.

Sobre todo las mujeres van a extrañar mucho la falta de sombrero. Ya no podrán en lo sucesivo arrancar con esa gracia tan característica el modelito Patou, la capelina Myriam, la cloche de Jipijapa, al cruzarse con Bizcocho Rodríguez Pullman, o Nené Fernández Pelouse.

★

Después, un señor Manuel B. Mujica Lainez muge la siguiente opinión:

Creo, sí, en nuestros grandes sombreros históricos: el de don Bartolo, el de don Bernardo, el del general Mansilla. Porque ellos son expresión consecuente y personal — tan personal, que fueron erigidos en símbolos.

Admito la posibilidad de que el casquete esférico de Don Bernardo y el Stetson del general Mansilla, sean consecuentes símbolos, pero no acepto que se aproveche la ocasión para suplantar la simbólica flauta de Don Bartolo por una vincha, casco de acero o tricornio vulgar.

Para mí, todo este asunto de andar con o sin sombrerismo ya hace rato que está perfectamente aclarado en aquella canción folklorista que hace treinta años ya no decía Ana S. de Cabrera y que rezaba así:

Sombrerito, sombrerasmo
sombrerismo en su lugar.

Libros Recibidos

Ernesto L. Castro — Almas Perdidas. Editorial Claridad (prosa).

Ortiz Behety y González Trillo — Querencia de Buenos Aires (poemas). Edit. Tor.

Eduardo Augusto García — Derechos de Autor (prosa).

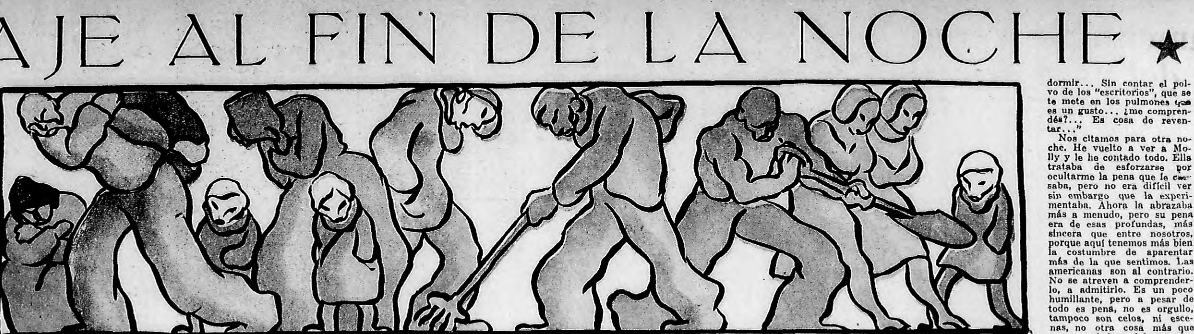
Blanca Luz Brum — Un documento humano (prosa). Impresora Uruguaya.

Margarita Arsamasseva — Cicatriz (novela). Edit. Anaconda.

Enrique Carretero Granados — Las Majestades del Crimen (prosa). Edit. Intercambista.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez

★ VIAJE AL FIN DE LA NOCHE ★



POR

L. Fernando Céline

Ilustración de

PASCUAL GUIDA

LUIS Fernando Céline es la última gran revelación literaria de Francia. En pleno madurez, siendo un médico de barrio totalmente desconocido en los ambientes intelectuales, consiguió imponerse con la publicación de su primer libro. La caracterizan un estilo brutal, directo y una gran capacidad para analizar las más encontradas pasiones de los hombres.

LOS transeúntes me han hablado como me había hablado el sargento en la selva. "¡Ah! — me dijeron —. No se puede equivocar, lo tiene enfrente".

Y en efecto, he visto grandes edificios chatos y vitrados, especies de trampas de moscas sin fin, en las cuales se divisaban hombres que se agitaban, pero a duras penas, como si no se debatieran ya sino débilmente contra no sé qué imposible. ¿Era eso Ford? Luego a todo lo alrededor y arriba hasta el firmamento un ruido pesado, múltiple y sordo de torrentes de aparatos, duro, terquedad de las mecánicas en girar, rodar, gemir, siempre prestas a quebrar y sin quebrar nunca.

"Aquí es, pues — me dije — No es gran cosa...' Hasta era peor que todo el resto. Me he acercado un poco, hasta la puerta, donde había escrito en una pizarra que se necesitaba gente.

No era el único que esperaba. Uno de los que aguardaban allí me dijo que él estaba en el mismo lugar desde hacía dos días.

Llovía sobre nuestra pequeña muchedumbre. Las filas se mantenían comprimidas bajo las cornisas. Son muy comprensibles las gentes que buscan laburo. Lo que él hallaba bueno en la casa Ford, según me contó el viejo ruso de las confidencias, es que allí tomaban a cualquiera que fuese y lo que fuese. "Eso sí — ha añadido como para instruirme —, nada de tirar la bronca en su casa, porque si tirás la bronca te echarán a la calle en un abrir y cerrar los ojos y serás reemplazado en menos que canta un gallo también, por máquinas mecánicas que siempre tiene listas y entonces te quiero ver para volver a entrar!"

Era cierto lo que me había dicho de que tomaban a cualquiera en la casa Ford. No había mentido. Desconfiaba, a pesar de todo, porque los pobres tipos deliran fácilmente. Hay un momento de la miseria en que el espíritu ya no está todo el tiempo con el cuerpo. Se halla en él demasiado mal, a decir verdad. Es ya casi un alma quien le habla a uno. Un alma no es responsable.

Por supuesto, nos hicieron poner en pelo para empezar. La visita tenía lugar en una especie de laboratorio. Desfilábamos lentamente. "Ud. es bastante enclenque — constató el enfermero mirándome primeramente —, pero eso no implica".

¡Y yo que había tenido miedo que me rechazaran en el laburo a causa de las fiebres de Africa, nada más que notándolo si por casualidad me tocaban los hígados! Pero, al revés, parecían estar muy satisfechos de encontrar inválidos y esperpentos entre nuestra remesa.

—¡Para lo que Udes. harán aquí, no tiene importancia su constitución física! — me ha dicho inmediatamente para tranquilizarme el médico examinador.

—Mejor — he respondido—, pero Ud. sabe, señor, yo tengo instrucción e inclusive he emprendido hace de esto ya tiempo estudios médicos...

De golpe me ha mirado con un ojo fiero. He sentido que acababa de embarrarla una vez más y en detrimento mío.

—¡Aquí no le servirán de nada sus estudios, amiguito! Ud. no ha venido aquí para pensar, sino para hacer los movimientos que le mandarán ejecutar... No tenemos necesidad de imaginativos en nuestra usina. Necesitamos chimpancés... Un consejo más. ¡No nos hable nunca de su inteligencia! ¡Ya se encargarán de pensar por Ud. mi amigo! Haga de cuenta que le he dicho.

Tenía razón de prevenirme. En adelante me proponía pasar por un tipo trabajador. Una vez vestidos, fuímos repartidos en filas pesadas, por grupos vacilantes de refuerzo hacia los sitios de donde nos llegaba el estrépito enorme de la mecánica. Todo temblaba en el inmenso edificio; y uno mismo estaba poseído por el temblor de pies a cabeza; de los vidrios y del piso y de la herrajería venían sacudidas que vibraban de arriba abajo. Uno mismo se volvía máquina a la fuerza y con toda la carne aun trémula en medio de ese ruido de rabia enorme que repercutía adentro y en la cabeza y más abajo, agitando las tripas y remontando hasta los ojos a golpecitos precipitados, infinitos, incansables. A medida que se avanzaba, íbamos perdiendo compañeros. Se les sonreía al separarse como si todo lo que pasara fuese cosa muy amena. No era posible ya ni hablar ni entenderse. Cada vez se quedaban tres o cuatro alrededor de una máquina.

Se resiste a pesar de todo, uno se resiste a asquearse de su substancia, uno querría buenamente parar todo esto para reflexionar sobre ello y escuchar en sí las pulsaciones fáciles del corazón, pero eso ya es imposible. Esto no puede terminar más. Se halla en catástrofe ese infinito taller de aceros; y nosotros giramos con las máquinas y con la tierra. ¡Todos juntos! ... vagoneta agachadiza, ...ecida de quincalla, se es- ...por pasar entre las he- ...s. ¡Alistarse! Saltar ... que pueda aplicar ... el pequeño his- ...op! se marcha más allá a brincar, ese loco relumbre, entre las correas y los volantes, a llevar a los hombres sus raciones de contradicciones.

Uno se deja ir a las máquinas con las tres ideas que quedan vacilantes arriba detrás de la frente, de la cabeza. Todo se acabó. Por doquiera, lo que se mira, todo lo que la mano toca, es duro ahora. Y todo lo que todavía viene al recuerdo está también algo tieso como el hierro y no tiene más sabor en el pensamiento.

Uno se ha vuelto horriblemente viejo de golpe.

Es preciso abolir también la vida del exterior, hacer también de ella acero, algo útil. No se la amaba bastante tal como era, es por esto. Es pues necesario hacer de ella un objeto, algo sólido: es la Regla.

He tratado de hablar al contramaestre al oído; ha gruñido como un cerdo por toda respuesta; y con gestos solamente me ha mostrado, pacientemente, la maniobra muy simple que debía cumplir en adelante para siempre. Mis minutos, mis horas, mi resto de tiempo como los de aquí se irían en pasar pequeñas clavijas al ciego de al lado, que las pasaba por el calibre desde hacía años, siempre las mismas clavijas. Yo he hecho eso muy mal desde un principio. No me dijeron nada; sólo tres días después de este trabajo inicial, fuí transferido, habiendo fracasado del todo, al tiraje del carrito lleno de rodajas, el que iba de una máquina a otra. Allí dejaba tres, aquí doce, más allá solamente cinco Nadie me hablaba. No se existía ya más que en una especie de hesitación entre la estupidez y el delirio. Nada importaba sino la continuidad estrepitosa de los mil y mil instrumentos que mandaban a los hombres.

Cuando a las seis todo se detiene, uno sale llevándose el ruido en la cabeza; por la noche, durante todo el tiempo, sentía encima el ruido, el olor a aceite, como si me hubieran puesto una nariz nueva, un cerebro nuevo para siempre.

Entonces, a fuerza de renunciar, poco a poco, me he vuelto como los otros . Un nuevo Fernando. Después de algunas semanas. Con todo, el deseo de ver a la gente de afuera volvió en mí. No los del taller, por supuesto; esos, mis compañeros, no eran más que ecos y olores a máquinas como yo, carnes vibradas al infinito. Era un verdadero cuerpo lo que quería tocar, un cuerpo rosado, de verdadera vida silenciosa y blanda.

No conocía a nadie en esta ciudad y sobre todo a ninguna mujer. Con mucha dificultad he acabado por conseguir la dirección incierta de una "Casa", de una privada, en el barrio norte de la ciudad. Me fuí a pasear por allí algunas noches seguidas, después del trabajo, en plan de reconocimiento.

Le había echado el ojo al pequeño pabellón en cuestión, rodeado de jardines. Para entrar, era menester darse prisa, a fin de que el sereno que estaba de guardia cerca de la puerta no advirtiese nada. Fué el primer lugar de América donde fuí recibido sin brutalidad, incluso amablemente por cinco dólares. Y había mujeres jóvenes, carnosas, tensas de salud y de fuerza graciosa, casi tan bellas a la postre como las del "Laugh Calvin".

No pude impedir el hacerme parroquiano de ese lugar. Todo mi salario iba derecho allí. El cine no me bastaba ya, antídoto benigno, sin efecto real contra la atrocidad material de la fábrica. Era preciso recurrir, para durar un tiempo aún, a los grandes tónicos licenciosos, a los drásticos vitales. No me exigían en esa casa sino soldadas reducidas, convenios de amigos, porque les había traído de Francia a esas damas, pequeños trucos y cosas. Pero el sábado a la noche se acababan los pequeños trucos, la faena estaba en su apogeo y tenía que ceder todo el campo a los equipos de "base-ball" de garufa, magníficamente vigorosos, frisones, a los que la felicidad parecía llegarles con la misma sencillez que la respiración.

Mientras los equipos se solazaban, yo, por mi parte, inspirado, redactaba pequeños relatos para mí solo en la cocina. El entusiasmo de esos deportistas por las criaturas del lugar no rayaba por cierto en el fervor algo impotente del mío. Esos atletas autónomos en su fuerza estaban ya hastiados en lo que respecta a la perfección física. La belleza es como el alcohol o el confort: uno se habitúa a ella, no se le presta más atención.

Pronto experimenté para con una de las muchachas del lugar, Molly, un sentimiento excepcional de confianza, que, en los seres tímidos, hace las veces de amor. Me acuerdo como si fuese ayer de su donaire, de sus piernas largas y rubias y magníficamente delicadas y torneadas, piernas nobles. La verdadera aristocracia humana, es bueno que se sepa, son las piernas las que la confieren, que no quepa la menor duda.

Nos hicimos íntimos de cuerpo y alma e íbamos juntos a pasear algunas horas por semana a la ciudad. Poseía amplios recursos, esta amiga, ya que hacía hasta cien dólares por día en la casa, mientras que yo, en la casa Ford, ganaba apenas seis. El oficio que realizaba para vivir no la fatigaba. Los americanos son como los pájaros para el amor.

Por la noche, después de haber arrastrado mi carrito distribuidor, me hacía empero, una obligación el presentarme amable en nuestro encuentro después de la cena. Es preciso ser alegre con las mujeres, al menos en los comienzos. Un gran deseo vago me aguijoneaba de proponerle ciertas cosas, pero me hallaba agotado. Ella comprendía el estrago industrial; Molly, estaba acostumbrada a los obreros.

Una noche, porque sí, sin motivo alguno, me ofreció cincuenta dólares. Primeramente la miré. No me atrevía. Pensaba en lo que mi madre habría dicho en un caso semejante. Y, además, recordé que mi madre, la pobre, no me había ofrecido nunca tanto. Para complacer a Molly, fuí inmediatamente a comprarme con sus dólares un hermoso traje de color natural (four piece suit) como era la moda de primavera de ese año. Nunca me habían visto llegar tan emperifollado a la privada. La patrona puso en marcha su ortofónica nada más que para enseñarme a bailar.

Luego nos fuímos al cine con Molly para estrenar mi traje nuevo... Me preguntaba en el camino si no estaba celoso, porque el traje me daba un aire triste y también el deseo de no volver más a la fábrica. Un traje nuevo es cosa que trastorna las ideas. Ella me abrazaba y besaba con besitos apasionados mi traje, cuando la gente no nos miraba. Yo trataba de pensar en otra cosa.

¡A pesar de todo, qué mujer era esa Molly! ¡Qué generosa! ¡Qué carnación! ¡Qué plenitud juvenil! Un festín de deseos. Y yo me volvía inquieto. ¿Rufián?... me decía.

—¡No vaya más a la casa Ford! — me decía desanimándome más Molly. Busque más bien un empleíto en una oficina... Como traductor por ejemplo, es su género... Le gustan los libros...

Ella me aconsejaba así gentilmente, quería que fuese alegre. Por primera vez un ser humano se interesaba por mí, por mi interior, diría, por mi egoísmo, se ponía en mi lugar y no me juzgaba tan sólo desde el suyo, como todos los otros.

¡Ah! si hubiese encontrado antes a Molly, cuando aún era tiempo de tomar una senda en vez de otra! ¡Antes de perder mi entusiasmo por esa bribona de Musyne y por esa pequeña indecente de Lola! ¡No creía más en eso! Uno se vuelve rápidamente viejo y por añadidura de manera irremediable. Uno se da cuenta de eso en el modo que se ha adquirido de amar su infortunio pese a uno. Es que la naturaleza es más fuerte que uno, eso es todo. Nos adiestra en un género y luego es imposible desembarazarse de él. Yo había partido en una dirección de inquietud. Se toma poco a poco su papel y su destino en serio sin darse cuenta bien de ello y luego, cuando uno cae en la cuenta, es ya demasiado tarde para cambiarlos. Uno se ha inquietado, pero la cosa ya está hecha para siempre.

Molly trataba amablemente de retenerme a su lado, de disuadirme... "¡La vida se pasa aquí tan bien como en Europa, Fernando! Seremos felices juntos". Y en cierto modo tenía razón. "Colocaremos nuestras economías... compraremos una casa de comercio... Seremos como todo el mundo..." Decía eso para calmar mis escrúpulos. Proyectos. Yo le daba la razón. Me avergonzaba incluso de verla hacer todas esas cosas para conservarme. La quería, por supuesto, pero amaba aún más mi vicio, esa ansia de huir de todas partes, en busca de no sé qué, por un orgullo necio sin duda, por convicción de una especie de superioridad.

Quería evitar el vejarla; ella comprendía y se adelantaba a mi recelo. Era tan atenta conmigo, que he terminado por confesarle la manía que me perseguía de largarme de todas partes. Estuvo escuchando durante días y más días cómo yo me explayaba, narraba mi vida con cierta repugnancia, en tren de debatirme entre fantasmas y orgullos,y, lejos de impacientarse, se sentía interesada. Trataba solamente de ayudarme a vencer esa angustia vana y tonta. Ella no comprendía muy bien a donde me proponía yo llegar con mis divagaciones, pero no obstante me daba la razón contra los fantasmas, según mi gusto. A fuerza de ternura persuasiva, su bondad se me hizo familiar y casi personal. Pero entonces me parecía que empezaba a jugarle sucio a mi famoso destino, a mi razón de ser, como yo lo llamaba, y desde ese momento dejé bruscamente de contarle lo que pensaba. Me replegué solo en mi mismo, contento de ser aún más desdichado que antaño, porque había vuelto a mi soledad trayendo una nueva forma de amargura y algo que se parecía al verdadero sentimiento.

Todo eso era banal. Pero Molly estaba dotada de una paciencia angelical, creía con la firmeza del hierro en las vocaciones. Su hermana menor, por ejemplo, en la Universidad de Arizona, había cogido la manía de fotografiar a los pájaros en sus nidos y a los rapaces en sus madrigueras. Entonces, para que ella pudiese seguir los cursos curiosos de esa técnica especial, Molly le enviaba regularmente, a su hermana fotógrafo, cincuenta dólares por mes.

Un corazón infinito, verdaderamente, con verdadero sublime adentro, que puede transformarse en dinero, no en chafalonía como el mío y tantos otros. Respecto a mí, Molly estaba completamente dispuesta a interesarse pecuniariamente en mi aventura viscosa. Si bien por momentos me considerase como un muchacho atolondrado, mi convicción le parecía real y verdaderamente digna para no ser estimulada. Solamente me quería persuadir que le estableciese un pequeño balance para una pensión presupuestaria que quería instituirme. No podía resolverme a aceptar este presente. Una postrer vaharada de delicadeza me impedía usurear más, seguir especulando con esa naturaleza verdaderamente demasiado espiritual y excesivamente gentil.

Me sentía avergonzado y en esos momentos hice incluso algunos esfuerzos para volver a la casa Ford. Pequeñas heroicidades vanas, por lo demás. Me allegué hasta la misma puerta de la fábrica, pero permanecí rígido en ese lugar liminar, y la perspectiva de todas esas máquinas que me aguardaban girando, aniquiló en mí sin remisión esas veleidades laboriosas.

Me planté ante la gran vitral del generador central, ese gigante multiforme que ruge bombeando y despidiendo no sé de dónde, no sé qué, por mil tubos relucientes, intrincados y viciosos como lianas. Una mañana que me hallaba así apostado en contemplación babosa, el ruso del taxi acertó a pasar. "¡Eh — me dijo — ya te han largado!... Hace tres semanas que faltás... Ya te han reemplazado por una mecánica... Y eso que te lo había prevenido..."

"Bueno — me dije entonces —, menos mal que esto ha terminado... No hay para qué volver..."

Y me fuí a la ciudad. Al volver, he pasado nuevamente por el consulado, para preguntar si no habían oído hablar a veces de un francés llamado Robinson.

—¡Seguro! ¡Por supuesto! — me han respondido los del consulado —. Hasta ha venido aquí a vernos dos veces, y todavía andaba con papeles falsos... ¡La policía lo busca, además! ¿Lo conoce Ud.?... No he insistido.

Desde entonces he estado esperanzado en encontrarlo a cada momento. Sentía que lo tenía cerca. Molly continuaba siendo tierna y bondadosa. Hasta la notaba más atenta que antes, desde que estaba persuadida que yo quería irme definitivamente. De nada le servía ser atenta conmigo. Con Molly, recorríamos a menudo los alrededores de la ciudad durante sus tardes de permiso.

Pequeños oteros pelados, bosquecitos de chapas rodeando minúsculos lagos, gentes leyendo aquí y allá revistas ilustradas bajo el cielo cargado de nubes plúmbeas. Evitábamos con Molly las confidencias complicadas. Y luego, se mostraba ensimismada. Era demasiado sincera para tener muchas cosas que decir a propósito de una pena. Le bastaba con que tuviera lugar en su interior, en su corazón. Nos abrazábamos. Pero yo no la abrazaba bien, como hubiese debido, de rodillas por cierto. Siempre pensaba un poco al mismo tiempo en otra cosa, en no perder tiempo y ternura, como si quisiera guardarlo todo para no sé qué de magnífico, de sublime, para más tarde, pero no para Molly, y no para esto. Como si la vida fuera a llevarse, a ocultarme lo que quería saber de ella, de la vida en el fondo de lo negro mientras perdiese fervor abrazando a Molly, y que entonces no tuviese ya bastante y que en fin de cuentas lo hubiese perdido todo por falta de fuerza, que la vida me habría engañado como a todos los otros, la Vida, la verdadera amante de los hombres verdaderos.

Volvíamos hacia la multitud y luego la dejaba ante su casa, porque de noche la clientela la solicitaba hasta el amanecer. Mientras ella se ocupaba con sus clientes, experimentaba a pesar de todo una pena, y esta pena me hablaba tan bien de ella, que la sentía aún mejor en mi adentro que en la realidad. Entraba a un cine para pasar el tiempo. A la salida del cine subía a un tranvía en cualquier parte y me paseaba en la noche. Después de dadas las dos subían los viajeros tímidos de una especie que no se encuentra antes o después de esa hora, tan pálidos siempre y somnolientos, en grupos dóciles, que iban hasta los suburbios.

Con ellos se iba lejos. Mucho más allá de las fábricas, hacia las barracas imprecisas, las callejas de casas indistintas. En el pavimento enfangado por las lloviznas del alba, el día brillaba azulado. Mis compañeros de tranvía desaparecían al mismo tiempo que sus sombras. Cerraban los ojos al día. Costaba trabajo hacerlos hablar a esos hombres sombríos. Estaban demasiado cansados. No se quejaban, no; son ellos quienes limpiaban por la noche las tiendas y oficinas de toda la ciudad después del cierre. Parecían menos inquietos que nosotros, gentes del día. Quizás porque ellos habían descendido más abajo de la gente y de las cosas.

Una de esas noches, habiendo tomado otro tranvía más y encontrándonos en la estación terminal y mientras bajábamos despacio, me pareció que me llamaban por mi nombre: "¡Fernando! ¡Eh, Fernando!" Naturalmente, en medio de esa penumbra, se oía demasiado fuerte. Eso no me gustaba. Por encima de los techos, el cielo se anunciaba ya en pequeños jirones fríos, recortados por las cornisas. Estaba seguro de que me llamaban. Al volverme, he reconocido de inmediato a León. Susurrando se me acercó y nos explicamos.

El también volvía de limpiar una oficina con los otros. Ese es el único trabajo que había podido hallar. Marchaba gravemente, con un poco de verdadera majestad, como si acabase de ejecutar actos peligrosos y por así decir sagrados en la ciudad. Por lo demás, esa era la actitud que asumían todos esos limpiadores nocturnos, eso lo había notado. En la fatiga y la soledad, lo divino surge de los hombres. El tenía los ojos henchidos de ese aire cuando los abría más grandes que de costumbre, en la penumbra azulada en que nos hallábamos. El había limpiado también extensiones de lavabos sin fin y había hecho brillar verdaderas montañas de pisos y pisos de silencio.

Agregó:

—¡Te he reconocido en seguida, Fernando! Por la manera como has subido al tranvía... Figúrate, nada más que en el modo que estabas triste cuando has visto que no había una mujer. ¿No es cierto? ¿No es tu modo de ser?

Era cierto que ese era mi modo de ser. Decididamente tenía un alma silenciosa como una bragueta. No tenía porque asombrarme de esa observación justa. Pero lo que más bien me ha sorprendido es que tampoco él haya triunfado en América. Eso no lo había previsto en absoluto.

El había llegado en un barco de carga. Había tratado de entrar a la casa Ford, pero sus papeles, demasiado falsos para atreverse a mostrarlos, lo contenían. "Para lo único que sirven es para tenerlos en el bolsillo" — hacía observar. Para los equipos de limpieza no hacía falta tanto protocolo del estado civil. Tampoco se pagaba mucho, pero uno se las rebuscaba. Era una especie de legión extranjera de la noche.

—¿Y vos, qué hacés? — me ha preguntado. ¿Andás siempre en la vía? ¿No te has cansado todavía de los trucos y las macanas? ¿Todavía se te dá por viajar más?

—Quiero volver a Francia —le dije— ya he visto bastante, tenés razón...

—Hacés bien —repuso— nosotros ya hemos fallado... Nos hemos envejecido sin darnos cuenta; yo se lo que es eso... Me gustaría a mí también volver, pero siempre esos papeles... Esperaré todavía un tiempo para conseguir unos buenos... No se puede decir que el trabajo que hacemos es malo. Hay otros peores. Pero no puedo aprender el inglés... Hay tipos que hace treinta años que están limpiando y no han aprendido más que "Exit" y eso porque está en las puertas que lustran y después "Lavatory". ¿Me comprendés?

Comprendía. Si alguna vez Molly llegase a faltarme, me vería obligado yo también a conchabarme en el trabajo nocturno.

★

Dos o tres veces después de eso nos hemos encontrado con Robinson. Tenía una cara bastante mala. Un desertor francés que fabricaba licores clandestinos para los viciosos de Detroit le había cedido un rinconcito en su "business". Esto le tentaba a Robinson. "Yo también les fabricaría un poco de ese "cañonazo" para su jeta sucia —me decía—; pero, ¿querés creer? me falta estómago... Me parece que apenas me pase la mano el primer policía, canto... Conozco bien el asunto... Además, todo el día tengo sueño... Por supuesto, dormir de día no es dormir... Sin contar el polvo de los "escritorios", que se te mete en los pulmones que es un gusto... ¿me comprendés?... Es cosa de reventar..."

Nos citamos para otra noche. He vuelto a ver a Molly y le he contado todo. Ella trataba de esforzarse por ocultarme la pena que le causaba, pero no era difícil ver sin embargo que la experimentaba. Ahora la abrazaba más a menudo, pero su pena era de esas profundas, más sincera que entre nosotros, porque aquí tenemos más bien la costumbre de aparentar más de la que sentimos. Las americanas son al contrario. No se atreven a comprenderlo, a admitirlo. Es un poco humillante, pero a pesar de todo es pena, no es orgullo, tampoco son celos, ni escenas, no otra cosa más que pena verdadera del corazón; y hay que confesar que todo eso nos falta adentro y que carecemos de ese algo para darnos el placer de entristecernos. Uno se avergüenza de no ser más rico de corazón y de todo y también de haber juzgado a pesar de todo a la humanidad más baja de lo que realmente es en el fondo.

De tiempo en tiempo, Molly se dejaba, sin embargo, arrartrar por el deseo de hacerme un reproche cariñoso, en términos amables.

—Vd. es muy bueno, Fernando —me decía— y yo sé que hace esfuerzos para no hacerse tan malo como los otros; pero, no se si Vd. está seguro de lo que quiere en el fondo...

¡Piénselo bien! Vd. tendrá que encontrar trabajo cuando vuelva a su país, Fernando... Y por otra parte Vd. no podrá pasearse más como aquí y abandonarse al ensueño durante noches y noches... como a Vd. tanto le gusta... mientras yo trabajo... ¿Ha pensado en eso, Fernando?

En cierto modo, ella tenía mil veces razón, pero cada cual se conoce. Tenía miedo de herirla. Sobre todo porque era muy sensible.

—Le aseguro que la quiero, Molly, y la querré siempre... como pueda... a mi manera.

Mi manera no era gran cosa. No obstante, ella, Molly, estaba bien de carnes, tentadora. Pero yo tenía esa maldita inclinación a los fantasmas. Tal vez no del todo por mi culpa. La vida lo obliga a uno a estarse muy frecuentemente con los fantasmas.

—Vd. es muy afectuoso, Fernando —me decía tranquilizándome— no llore por mí... Vd. parece como si estuviera enfermo a causa de su deseo de conocer más... Eso es todo... En fin, ese debe ser su camino... Por allí, solo... Es el viajero solitario que va a lo más lejos... ¿Entonces se irá pronto?

—Sí, voy a Francia a terminar mis estudios, y después volveré — le aseguré con toda audacia.

—No, Fernando, Vd. no volverá más... Y, además, yo tampoco me quedaré aquí... No sea ingenua.

Llegó el momento de la partida. Fuimos una noche a la estación un poco antes de la hora en que ella debía volver a la casa. En el día había ido a despedirme de Robinson. Tampoco él estaba muy contento de verme partir. Era cosa de no acabar nunca con las despedidas. En el andén de la estación, mientras esperábamos el tren con Molly, pasaron unos hombres que hicieron como si no la hubiesen reconocido, pero iban cuchicheando.

—Mire, Fernando, haga de cuenta que ya está lejos. ¿No es verdad, Fernando, que Vd. hace exactamente lo mismo que Vd. quiere hacer? Eso es lo importante... Eso es solamente lo que interesa...

El tren ha entrado a la estación. Yo no estaba ya seguro de mi aventura cuando he visto la máquina. He abrazado a Molly con todo el coraje que aun tenía en mi osamenta. Sentía pena, pena verdadera por una vez, por todo el mundo, por mí, por ella, por todos los hombres.

Es tal vez eso lo que se busca a través de la vida, nada más que eso, la mayor pena posible para convertirse en uno mismo antes de morir.

Han pasado años desde esa partida y más años aún... He escrito a menudo a Detroit y a otras partes, a todas las direcciones que recordaba y donde podían conocerla y seguirla a Molly. Nunca he recibido respuesta.

Ahora la casa está cerrada. Eso es todo lo que he podido saber. Bueno, admirable Molly; quiero, si es que todavía puede leerme desde un lugar que no conozco, que sepa que no he cambiado para ella, que la amo aun y siempre, a mi manera, que ella puede venir aquí cuando quiera a compartir mi pan y mi destino furtivo. Si ya no es bella, ¡paciencia! ¡Nos arreglaremos! He guardado tanta belleza suya en mí tan vivaz, tan cálida, que tengo bastante para los dos y al menos para veinte años, el tiempo de acabar la vida.

Ciertamente, para dejarla fuí lo bastante loco, loco de una especie fea y fría. Sin embargo, hasta ahora he defendido a mi alma y si mañana la muerte me llevara, estoy seguro que no sería nunca tan completamente frío, vil, tan pesado como los otros, tanta ha sido la gentileza y el ensueño que me ha obsequiado Molly en el curso de esos pocos meses de Amé-

Trad de

Simón Buril

Lamentable Tarea del Escritor

★ *Lo que el público se imagina y lo que en realidad es la carrera de las letras.*

La profesión de escritor es, probablemente, una de las más absurdas ocupaciones adoptadas por la humanidad.

Escribir libros es en realidad un ilógico proceso, una ridícula manera de desperdiciar el corto tiempo de que dispone el hombre. Es una especie de solitario confinamiento impuesto por una secreta vanidad idiota y una turbia esperanza. Día tras día, por ejemplo, año tras año, a la mañana voy a una pequeña casa que poseo en West Chester y allí escribo; escribo solo y sin interrupción, desde las diez hasta la una o las dos —hasta que mil quinientas palabras manuscritas están listas— y entonces, mentalmente exhausto, físicamente oprimido e irritado, vuelvo a *Dower House* para almorzar. En la tarde, más frecuentemente sí que no, escribo otra vez mil quinientas palabras. Prácticamente, cada mañana de mi vida madura, incluído el domingo, me he sentado frente a dos lapiceros y una pila de cuadernos en blanco.

Los cuadernos vacíos están cerca de mi mano derecha; cuando se llenan son movidos por mi mano izquierda. Poco importa que mi labor sea ardua; están siempre delante mío en una cantidad que jamás podré utilizar. La delgada corriente de la tinta fluye a través de la pluma, con un suplicio que nunca agotaré.

Estos hechos inevitables, eventualmente se tornan demasiado incómodos. El solo esfuerzo de mover una lapicera página tras página, no es, en sí mismo, excesivo; pero cuando se trata de expresar una idea es desvastador. Fuera de las ventanas de mi pequeño escritorio se ve una placentera calle con veredas de ladrillo y árboles, y una intermitente, atractiva vida local. En la época de la caída de las hojas la calle está dorada, llena, durante la siesta, de la luz dorada del sol; y todo es claro, porque en el condado de County el mundo es bello —valles azules, verdes colinas y follaje bermejo. Pienso en sus señaladas bellezas y continúo escribiendo hasta que el crepúsculo cae, los colores se marchitan afuera y el día se torna frío.

En la primavera es peor: las ventanas están abiertas —después del largo aislamiento del invierno— y una cantidad de encantadores, divertidos sonidos penetran en la casa; los valles, entonces, están cubiertos por la blancura de los manzanos en flor, los arroyos murmuradores y musicales y los crepúsculos dulces, con agudo cantar de los pájaros y el lento croar de las ranas en las lagunas. Permanezco sentado frente a mi mesa, que es demasiado baja para mí; mi brazo izquierdo, durante horas, en una misma posición, se paraliza a medias; los dedos de mi mano derecha se van volviendo nulos para sostener la lapicera. Porque no he encontrado jamás una mesa más alta, es algo que está más allá de mí el decirlo. Por tres años he continuado encorvándome sobre ella en una ruda e incómoda posición.

No hay alfombra en el cuarto donde trabajo, y la mesa se desliza frente mío, se desliza lejos, urgida por mi estómago y concluyo por encontrarme al lado de la puerta principal de mi escritorio. A veces, subconscientemente, la detengo, la vuelvo al lugar que le pertenece; entonces comienza a alejarse de nuevo. Hay una plancha de latón, en el medio del piso, y, al fin, maniobro para fijar una pata de la mesa atrás de ella. Entonces todo, excepto mi cerebro y mi mano, permanece estacionario por una hora más o menos.

Escribo persiguiendo la mesa a través del cuarto, con jaquecas y otras perturbadoras enfermedades; escribo en invierno, cuando la calefación, suministrada por un sistema central, falla y estoy rígido por el frío y la inactividad, y en verano, cuando la tinta se corre sobre el papel en que mi mano se ha apoyado. Sigo así, y los únicos acontecimientos que me depara el calendario son las apariciones, los martes y viernes, de la señorita O'Hara, quien se encarga de la limpieza de mi casa.

Lo que hace que me sea particularmente dificultoso el soportar esta existencia es el general convencimiento de que mi vida es un paraíso de pereza y placer. El público parece creer que yo divido mi tiempo entre la compra de corbatas, la ingurgitación de champagne y la conversación con las más hermosas criaturas femeninas de esta y otras comarcas. Frecuentemente, con envidia, he pensado en la vida que se supone que llevo. La realidad es bien diferente.

La actitud de las mujeres con respecto a un novelista, es en parte de curiosidad y en parte de un previo resentimiento. Toman el aire de esperar lo peor, de su parte. Las aduladoras, no son mejores: concluyen por recitar sus más privadas dificultades, generalmente inventadas y dramatizadas en alto grado, con la explicación o la excusa de que sólo uno podría entenderlas. Las dificultades, por otra parte, son siempre las mismas: las mujeres están fastidiadas con su existencia; palabra por palabra, cada una de ellas repite lo que todas las otras han dicho. Le tienen a uno la mano, lo miran y terminan por pedir un poco más de champagne o fuego para el cigarrillo. La verdad, enteramente diferente de la leyenda popular es que las mujeres miran a los escritores de una manera impersonal; los miran por encima, como individuos impersonales.

El escritor no es, por lo común, cuando llega a ser eminente, físicamente atractivo; su vida y hábitos son peculiarmente destructivos de los encantos personales; y las mujeres sensibles, las encantadoras mujeres —después que se han saturado a sí mismas con su simpatía— retornan con bien distintos hombres al salón de baile. Además, todo hombre que ha llegado a la eminencia se torna irónico, más irónico y lleno de dudas a medida que los años pasan. Y las mujeres odian la ironía y la duda en el hombre.

Escribir indiferentemente es lo más provechoso de todo: cuentos, libros que igualmente agraden a los católicos, romanos, turcos, metodistas, primitivos y episcopales. Libros sobre todo, acerca de una humanidad triunfante, donde la bondad es recompensada por la interminable posesión de mundanas felicidades. He aquí la perfecta fórmula. Dorar el último párrafo y colocar una adorable muchacha rubia.

Una novela que requiere dos años de amarga labor, consecuencia de media vida plena de desvastadora experiencia, puede ser fácilmente un éxito en el plano de los meros cumplimientos, y representar doscientos dólares para su autor. Un segundo libro salido de la misma mano, igualmente o más admirable aun, puede traer de vuelta quinientos dólares. Setecientos en total, ganados en un período, quizás, de cinco años.

Cada uno, con respecto a los otros, desea ser justificado, tranquilizado; escribiendo lo que justifica a la mayoría es natural que, invariablemente, la mayoría lo compre. Una de las grandes falacias, en el mundo de los libros, es la creencia de que los trabajos impúdicos e inmorales son inmensamente provechosos. Ellos son, en realidad, improductivos del todo. Su público es limitado. Los libros que colocan un halo luminoso en la cabeza de los hombres comunes y las mujeres vulgares, son en la actualidad las únicas fuentes de riqueza en literatura. Son, en su mayoría, comprados por mujeres que desean realizar, con la imaginación, sus más altas ambiciones y esperanzas. Sus esperanzas y ambiciones, principalmente, las urgen hacia lo enigmático y hermoso, hacia lo romántico, los hombres, el lujo y la variedad en la vida.

Yo jamás esperaría vender una novela acerca de una solitaria y fracasada mujer a las mujeres, por más que ella fuera enteramente sentimental. Una novela sentimental, para venderse, debería exagerar groseramente los dolores de esa mujer. *Una fría* colección de hechos no tendría éxito con ellas; la búsqueda, la presencia de la verdad y la belleza no tiene sustancia para sus mentes.

La inmensa mayoría de las mujeres lee para soportar, por medio de la ilusión, la espera de un mejoramiento de sus destinos.

Yo estoy familiarizado con la fórmula de la mayoría de las novelas de inmenso éxito; podría escribir una, observando todas las exigencias de construcción e ideación, en dos semanas. Semejante libro me reportaría alrededor de cuatrocientos mil dólares, entre escenificación, venta de libros y filmación. Y sin embargo me es imposible hacerlo. El hecho de que su espíritu no sería sincero, de que yo no creo absolutamente en ello, sería evidente, de inmediato, para todos.

Hasta la jerarquía que a veces acompaña la tarea del escritor, no *es* siempre deseable; más eminencia conquista un escritor, más le sigue la contante opresión de una universal estupidez. Una repetición de nebulosas, ininteligentes preguntas, y superficiales, palpablemente falsos cumplimientos; una penosa demanda de instrucción y asistencia de millares de escritores sin una sombra de habilidad; la interminable envidia, la animosidad real de casi todos los otros escritores hábiles; la eterna y mala imitación consciente entre lo que se concibe y lo que se realiza.

Y como si fuera poco, no hay para el creador de libros, amado o no amado, fiestas ni períodos de descanso. El escritor lleva sus dificultades, sus problemas consigo, a dondequiera que vaya; destuye *sus días y atormenta sus noches*; ellos están entre él y sus placeres; concluye por abstenerse, incluso de la felicidad y seguridad del amor.

Joseph Hergesheimer

Visto y Oído ★ *Ordenó su fusilamiento* ★ por PREMIANI

Al ser fusilado, MURAT pidió que le dejasen ordenar el fuego. Tuvo que dar dos veces la voz de mando, porque en la primera los soldados habían cargado los fusiles con balas de fogueo para no matarlo.

La GREAT TERMINAL STATION de Nueva York es la más grande del mundo. Tiene 43 plataformas.

La MOSCA no respira por la boca, sino por los poros del cuerpo.

En el TIBET, por cada 4 habitantes hay 1 monje.

En el ALTIPLANO de BOLIVIA, de día hace tanto calor que el sol ampolla la piel, y de noche hace tanto frío que se congela el agua.

BIBLIOGRAFIA

González Trillo y Ortiz Behety — "Diez Adolescentes". Colecc. Cometa de la Editorial Tor.

★

La vehemencia, muchas veces magnífica, de González Trillo y Ortiz Behety, no depara a sus autores en "Diez Adolescentes" la continuidad en el acierto. El estilo, lleno de frases pequeñas, cortadas, interrumpidas, cargado de puntos suspensivos; torturado en síntesis que a veces dejan trunca la expresión; exageradamente amargado y continuamente teatralizado, concluye por hacer dificultosa la lectura de esta novela y menos convincentes las situaciones dramáticas en que abunda y de cuya hondura no se puede dudar.

Por otra parte falta un nexo. Las acciones se entrecruzan, combinan, superponen. A ratos nos cuesta seguir a cada uno de los personajes, que se pierden en un laberinto enloquecido. En una palabra, falta método y *adaptación a ese género particular* que es la novela.

En cambio, abunda en detalles en trozos aislados capaces de componer relatos perfectamente autónomos. El clima desesperado de la adolescencia — con su trágico cortejo de demasiado bruscas experiencias — ha sido logrado por González Trillo y Ortiz Behety, quienes han dado relieve de primer plano a esa fermentación que se oculta bajo la aparente gracia del adolescente.

Irene, Max, Márgara, Eleazar, Lázaro, Demetrio, Hebe: mujeres y varones en la plena, irreflexiva exaltación de la sangre.

Instintivos que se debaten en una noche de angustia. Que aman, odian, compadecen o parten con extraña celeridad, como si el pasado, que en este caso es ayer nomás, no pesara sobre sus cuerpos frágiles, sobre sus almas revueltas, azotadas por ráfagas de cieno y lampos de luz — lujuria o generosidad amistosa — que no saben o no quieren detenerse.

Esta exaltación general es válida en Ortiz Beethy y González Trillo, aunque los tintes sombríos hayan sido prodigados con exceso, al extremo que sería difícil contar las veces que las palabras "suciedad" y "angustia" y sus derivados han sido usados. Desde la página 141 a la 143, por ejemplo, encontramos a la primera cinco veces.

En muchos lugares del libro la forma enumerativa y esencial que los autores emplean para hacer las descripciones de los ambientes y paisajes (a veces también de los rostros o los estados de alma), participa de la naturaleza del poema. La página 20 compone un verdadero poema que termina en la siguiente carilla, cuando habla de la soledad del Sur, y sitúa en ese clima despiadado a Eleazar, a Max, a Laura y su perro.

También este extraordinario párrafo en la página 142. Habla un artista de music-hall, Tagara: "—Sabían los brujos, los magos, la terrible verdad — prosiguió. — Por eso descubrieron el Datura Estramonio, la hierba de la locura y de la alegría. Lo único que hace vivir... y en todo hay tanta delicadeza, tanta dulzura. Primero la lluvia de otoño en una tierra misteriosa y extraña... Después de recolección por muchachas del Yunnam... el tajo con el cuchillo *blanco*, en el crepúsculo, la caída de los pétalos, y cuando la noche fragante crece, el jugo que se condensa en pequeñas lágrimas".

El debilitamiento de esta novela es un producto, en definitiva, de su materia excesiva. Los autores no supieron controlar sus fuerzas. Poetas excelentes y con una visión apasionada de las cosas, derivaron su interés hacia trabajos parciales, descuidando la acción, tan esencial en la novela. En realidad, apuntan en "Diez Adolescentes" más de cinco o seis argumentos que hubieran bastado, cada uno por sí solo, para construir una novela. El caso de Max, por ejemplo, es de una enorme originalidad y profundo interés. Sin embargo, se pierde en el fárrago de otras vidas entrecruzadas, cada una de las cuales esboza una acción insuficiente.

No obstante todo lo cual quedan en pie páginas memorables y la nueva certificación de la existencia en González Trillo y Ortiz Beethy de dos escritores capaces, con un poco más de ajuste, de lograr en la novela la misma bella realidad presente en sus poemas. — U. P. de M.

★ Los que escriben en "Crítica Revista Multicolor"

RAUL RIVERO OLAZABAL ha colaborado con ensayos críticos y poemas en las principales revistas literarias del país. Se graduó de bachiller en el Colegio Nacional de San Isidro. Luego, en la Universidad de Buenos Aires, se recibió de escribano.

VICTOR JUAN GUILLOT fué diputado nacional y secretario del Consejo de Educación. Es autor de "El alma en el pozo", libro premiado en un concurso literario municipal. Abogado. Nació en Concordia en 1889.

ENRIQUE MALLEA nació en Buenos Aires. Autor de varias publicaciones teatrales. Está empleado en los FF. CC. del Estado. En la actualidad tiene treinta años.

ILDEFONSO PEREDA VALDES, uruguayo. Es autor de "La guitarra de las negros". Su último libro se titula "Acero y música". Participó en el movimiento renovador de las revistas "Proa" y "Martín Fierro".

JOSE DE ESPAÑA, novelista e investigador histórico. Es autor de "La mujer de Shanghai" y Psicología de Rozas". Su padre era armador. Nació a bordo de un velero llamado "Tres Amigos", en aguas cercanas a Palma de Mallorca, donde fué inscripto. Desde los seis años reside en la Argentina. En cuarto año interrumpió sus estudios de medicina.

JOSEPH HERGESHEIMER es uno de los mejores prosistas norteamericanos contemporáneos. Ha recorrido los Estados Unidos y Méjico. Es autor de numerosas novelas. Entre ellas, de "Tampico", que refleja la fiebre, la crueldad y la extenuación de los trópicos.

El Buque Negrero



★

I. Pereda Valdés

Ilustración de Premiani

★

UNA dramática insurrección negra en alta mar, en la época que los piratas se dedicaban al tráfico esclavista, ensañándose a los salvajes de la costa africana.

AQUELLA noche el capitán inglés Jack Blake estaba más preocupado que de costumbre. Su pipa humeaba como la chimenea de un barco. Era una bella pipa, de espuma de mar, que había comprado en Oceanía. Jack Blake tenía una pierna de madera; le llamaban, por eso, "pata de palo". Era taciturno, hosco; pocas palabras salían de su boca; generalmente eran palabras de mando, órdenes, que había que obedecer de inmediato.

Jessel se llamaba su segundo, y con él conversaba, de cuando en cuando, anotando nombres en una larga lista. Era el rol de la tripulación.

—Llevaremos al portugués — dijo Jack.

—Yo no soy de esa opinión. Es un tipo de temer.

—Sin embargo lo necesitamos.

—Sea como usted quiera.

Jessel echó una mirada a través del vidrio de la ventana. Estaban en la ensenada de Vallongo, apretada entre dos elevaciones cubiertas de un verde limón; de un lado estaba el otero de la Sauld; del otro, el morro de Livramento. En el otero se destaca, entre almendros en flor, la capillita de una virgen. El paisaje era plácido, de una dulzura tropical que incitaba a la molicie.

Las palmeras apenas se movían suavemente, mecidas por la brisa. Nadie diría que aquel lugar plácido estaba destinado, con sus grandes almacenes, fríos y alineados, al comercio más infame. El marqués de Lavradio había tenido la idea de escoger aquel lugar paradisíaco para convertirlo en el centro del tráfico de uno de los comercios más productivos del Brasil, y la capillita no era inocente: estaba bendiciendo la infamia.

"Pata de Palo" se inquietaba porque debía tener la lista de la tripulación para el día siguiente, temprano, en que el barco debía zarpar y faltaban algunos marinos para el enganche.

—Alcanzará con cuarenta — dijo Jack, seguro de estar en posesión de la verdad.

—Puede agregar algunos más. No me siento seguro con tan poca gente.

—Siempre desconfiado — agregó Jack con sorna, y movió la pata de palo, que sonó en el suelo como el llamado de un aparato Morse.

La fragata estaba allí, en la bahía, anclada plácidamente. Sus grandes velas se inflaban gráciles. El viento soplaba favorablemente; no había que retardar la partida. Fueron entrando los tripulantes. Había tipos de todas las razas y de todos los países: malayos, japoneses, mulatos, rubios e ingleses. Los tipos más deformes y desclasados se congregaron allí.

El buque zarpó, sereno, rumbo a la costa de Africa. Nadie supondría que dentro de aquel barco, de aspecto gracioso, se cometerían las mayores infamias: que allí iban a amontonarse, como residuos humanos, los negros robados a las aldeas de la costa africana. Los días y las noches fueron tranquilos hasta llegar al Africa del Sur. Una tempestad, una pelea entre marineros, no puede decirse que sean obstáculos para llamar un buen viaje al que hizo la "Estrella de la Mañana", como se llamaba el buque negrero.

Llegaron. El barco atracó suavemente. Los negros se acercaban, curiosos y confiados. Tocaban todo, no saliendo de su asombro. La caza comenzó en seguida. Como a fieras salvajes se les arrancó a los negros de la tierra. Las madres lloraban a sus hijos para siempre; estaban seguras de no verlos más. Huían los negros, aterrados, hacia la selva. Algunos marinos incendiaron las chozas. Los que se resistían los mataban. El barco zarpó rápido, huyendo, como el ladrón que teme hasta su propia sombra. Las sentinas se llenaron pronto de negros. Donde cabían cien, iban doscientos. Apretujados, apestaban. Las enfermedades terminaban con la mitad, y los que ya no servían se arrojaban a los tiburones. Raro era el día en que el mar no se teñía, levemente, con la sangre de un negro. Allí estaban negros de tribus enemigas, y por eso se miraban con odio. Sin embargo, había algo que los unía: el deseo de sublevarse, de salir de aquella infecta prisión.

De noche, los sollozos de las mujeres hacían más negra la noche. Una estrella mágica brillaba en el mástil.

—¡Esa estrella nos salvará! — decían, supersticiosos, los negros.

Muchas noches tranquilas llevaba "La Estrella de la Mañana". "Pata de palo" contaba ya segura la ganancia.

—Tantos negros, a tanto... tanto — repetía con monótona insistencia.

—Mire que se equivoca, —decía Jessel—; no le pagarán ni la mitad. Los negros están muy flacos.

—No importa. Los engordamos al llegar.

Jack terminaba por enojarse. No necesitaba mucho para salirse de su pata de palo.

Una noche habían tomado más que de costumbre. Estaban todos bebidos. "Pata de palo" gritaba desentrenado.

—¡Estos negros nos van a matar a todos!

Recordaba la historia de un capitán holandés que se había enloquecido de tanto azotar a los negros.

El calor, la ginebra, los negros, le producían pesadillas. Veía a los negros surgir en la sombra, volverse más negros y temibles.

—Tengo un presentimiento, —dijo Jessel—; hay una estrella roja en el mástil. Eso quiere decir sangre. ¡Oh, capitán, mi capitán, temo por usted esta noche.

—Déjate de supersticiones y bebe conmigo la última copa.

Un ruido de cadenas se empezó a sentir. Era como una ola que subía de la sentina. Una ola inmensa, negra. Eran los negros, que subían de la bodega a la borda. La tempestad de los negros, que se desencadenaba en el barco.

—Atrás — gritó el capitán cogiendo el látigo.

El capitán especulaba con el temor supersticioso del negro, con la magia de circunstancias, pero los negros no obedecían; cada vez se acercaban más. La lucha se generalizó cuerpo a cuerpo. Volaban los piratas por la cubierta, y los tiburones se los iban tragando. El mar quedaba color sangre. Los negros se multiplicaban milagrosamente. En pocas horas fueron dueños del barco y vieron una pata de palo que flotaba en el agua.

El buque negrero volvió a Africa y quedó para siempre en aquella tierra, donde se le equipaba para pesquerías...

Y los padres les contaron desde entonces a los negritos, la historia de "pata de palo", la historia de un hombre malo que se comía a los niños que no eran buenos con sus mamás...

Peloponeso y Jazmín  por Hamlim

















